Emilio
Serta

Rostros de mi ciudad

(Itinerario a cuatro esquinas porteñas)

A Buenos Aires, mi ciudad.

ÍNDICE

Prólogo	07
Mirando desde el Obelisco	11
Primera esquina porteña:	13
El drama del hombre anónimo	15
Amigos	16
El mentiroso	23
Lázaro	31
Grandote zonzo	46
Segunda esquina porteña:	55
Barrio	57
El botellero	58
El vecino inolvidable	61
N.N.	64
Romeo y Julieta de barrio	68
Tercera esquina porteña:	71
Tipos humanos	73

El pachorriento 75
El chupamedias 78
El "doctor" 82
Su majestad, el triunfador 86
El hincha 94

Cuarta esquina porteña: 101
Yo, uno más entre la multitud 103
Los viejitos 104
Panchito 107
En el pedestal de la popularidad 110
El submundo 113
El vendedor de Biblias 117
Hombres de tango 120

PRÓLOGO

En este nuevo libro con nuevos (viejos) relatos inéditos que escribió mi abuelo Emilio, se presentan muchos personajes que son también estereotipos de una realidad del Buenos Aires del siglo pasado. En particular, esta ciudad está llena de personajes, de historias, de vidas sufridas que lloran sus pesares y se entremezclan en cada esquina. Mi abuelo se detiene en muchos de estos personajes, algunos conocidos por él y transformados según su imaginación, para mantener la privacidad de sus vidas o simplemente para mostrarnos una realidad alternativa. Nos cuenta sus historias, sus miserias, su idiosincrasia, o sencillamente se hace preguntas que rondan, sin dudas, lo que cada uno de nosotros también piensa cuando se encuentra con alguno de ellos. Cada uno de esos personajes y estereotipos existió, y muchos existen aún en el Buenos Aires de hoy, y se los puede ver en esa urbe cosmopolita, que tiene mucho de modernidad, pero que guarda también, junto con sus eternas calles adoquinadas, la historia de un pasado de inmigrantes, de gente en búsqueda de un mejor porvenir, o de supervivientes de la vida. Porque Buenos Aires tiene su propia impronta, y no es cualquier ciudad.

Caminado por esas calles y a la vuelta de cada esquina, yo misma me crucé con muchos de estos personajes, posiblemente sin detenerme a meditar acerca de qué había más allá de esos rostros de la ciudad, de esas vidas. Quizás por mi afinidad al tango, mis paradas hayan estado más restringidas –ya

sea por la calle Florida o por el barrio de San Telmo– a algunas esquinas o pasajes, para disfrutar de algún cantor melancólico entonando un tango o un valsecito criollo, o bien a observar a alguna pareja de bailarines callejeros haciendo sus voleos, sus poses o sus sentadas, con sus trajes de lentejuelas, los atuendos de malevos, la gomina, y esos zapatos usualmente tan gastados. ¡Claro que siempre me llamó la atención la cantidad de puestos de vendedores de flores o de revistas! Pero sí, leyendo estos relatos recordé que en varias oportunidades me topé con varios de estos personajes que describe mi abuelo, con tanto detalle, tan teñidos de nostalgia y realidad...

¿Cuáles son los nuevos personajes que hoy se suman a los barrios porteños, en un nuevo siglo y una nueva época, que mi abuelo no llegó a conocer? ¿Los que venden cargadores de teléfonos celulares y accesorios? ¿Los "arbolitos" que siempre te ofrecen "cambio" para vender moneda extranjera en la puerta de alguna galería? ¿Los "trapitos", los "cuidacoches", los que te limpian el parabrisas del auto en un semáforo? ¿Los que te venden merchandising de todo tipo (incluidas las banderas argentinas, escarapelas y gorros previo a una fecha patria o a un partido de fútbol de la Selección), a veces con la frase de moda que algún famoso o influencer dijo hace 5 minutos y se hizo "viral"? (¡Cómo explicarle al abuelo las redes sociales, y TikTok!) Este último personaje, sin duda, es una reinvención de alguno de los rostros de la ciudad que siempre existieron, que se metamorfoseó y se seguirá transformando y seguirá aprovechando las circunstancias, que se mueve y actúa rápido, tomando ventaja de la noticia del momento para poder sobrevivir.

Posiblemente en muchos otros pueblos y ciudades –además de Buenos Aires– estos rostros todavía se pueden encontrar, y conviven en anacrónica armonía con el paisaje cambiante del siglo XXI, entre los gorriones, los chimangos y los estorninos. Sin embargo, no hay duda de que es en Buenos Aires, y en sus esquinas bien porteñas, en donde tuvieron y aún tienen su mayor representación.

Laura Schejter

PANAMERIÇANO

MIRANDO DESDE EL OBELISCO

La ciudad tiene mil rostros. Asoman en las calles pobres, junto a las paredes viejas, imantadas de tangos, y se perfilan en las diagonales céntricas que despliegan luces y lujos. Se muestran en el gusano infinito que configura la multitud y aparecen con un indeleble sello de desencanto, en los conventillos y "Villas Miseria".

¿Qué es una ciudad, nuestra ciudad, cualquier ciudad? ¿Solo calles y gente, mucha gente que vive junta, simplemente porque no puede vivir separada? ¿Qué nos une con los demás? ¿Qué nos separa? ¿Tiene alma la urbe? ¿Por dónde corre su meridiano sentimental?

Son preguntas y preguntas que se entrecruzan en mi mente, que se ramifican, que forman la espesa fronda de una selva (una selva de cemento armado). Y pretendo que el bosque no me impida ver el árbol, ni siquiera el pequeño arbusto que crece tímidamente, ansiando la caricia de un rayo de sol. Porque es muy posible que en la hierba más humilde esté la clave para no perdernos en el intrincado laberinto que lleva al corazón de la jungla.

En este itinerario, lector amigo, se dan cuatro esquinas porteñas, en las que haremos un alto: el cuento con el drama del hombre anónimo, la pintura con matiz de barrio, el esbozo del tipo humano y la observación directa del natural, a modo de instantánea fotográfica que se fija en mi sensibilidad. Como si

estuviera mirando la vida, desde cada lado del Obelisco, erigido como símbolo de nuestro dinámico Buenos Aires, siglo XX.

PRIMERA ESQUINA PORTEÑA

EL DRAMA DEL HOMBRE ANÓNIMO

Hay un protagonista similar en estos cuentos. Es el hombre que lleva a cuestas, penosamente, la carga de su carácter o de su empecinamiento. Va par un camino conocido, recorrido mil veces y, de pronto, en un día cualquiera, se topa con lo inesperado y se desbarata la perspectiva de su vida.

El drama del hombre anónimo radica principalmente en su empeño en ser algo, en conquistar algo. Y al comprobar –tras años alucinados– su frustración o su impotencia, sufre, grita, se lamenta y, a veces, mata sin saber bien por qué.

El hombre de tierra adentro tiene sus paisajes, sus crepúsculos lentos y sedantes, la vasta soledad física donde se arremansan sus torbellinos interiores. Y en última instancia, si es varón y cantor y apegado a las tradiciones, tiene su guitarra o su caja, compañera de penas e infortunios. El hombre de la ciudad nunca sabe qué hacer con la exasperación. Le falta el horizonte para darle una dimensión del mundo, en contraste con su pequeñez, y se siente prisionero entre sus cuatro paredes. Y si no se aturde y emborracha, creerá distinguir siempre, en la multitud que lo acosa, mil ojos curiosos e inquisitivos que lo miran, burlones o acusadores. Y el ejemplo de los que triunfan, allí donde él ha fracasado, hace aún más profunda y deprimente su derrota.

Así viven los personajes que convoco en esta primera esquina porteña.

AMIGOS

Jugaban a la escoba en el boliche. Barajando el mugriento mazo de naipes, Toto y el Negro apuraban a grandes sorbos el tinto barato.

—El siete de velo es mío —apuntó Toto, llevándose la codiciada carta.

Eran amigos. Buenos, íntimos amigos. Con una amistad anudada en el cercano caserío de lata y madera que constituía otra de las tantas "Villas Miseria" que circundaban a la ciudad indiferente. Ambos se prestaban mutuos favores. Si la mujer del Negro mandaba pedir a la del Toto una cebolla, tenía la seguridad de recibir lo que necesitaba. Y si la mujer del Toto iba a la feria o al hospital, le dejaba a la otra el encargo de vigilar a sus tres chicos durante su ausencia. Pero primero se hicieron amigos los hombres; buenos, invariables amigos.

—Dos escobas y tres del mazo son cinco! —dijo el Toto satisfecho de su baraja.

—Che, mozo... ¡Otra botella!

El Toto trabajaba de peón de albañil. Salía de madrugada de su rancho, que había levantado con algunas latas oxidadas y madera de cajones, y se encaminaba a una obra en construcción, a cavar cimientos o a palear cal y arena. Y rumiaba a veces para sus adentros y con malhumor: "Paredes y techos para otros... ¡Te embromó la vida, Toto!".

Vino a la ciudad atraído por el imán de una fácil prosperidad. Y dejó su terruño para sumarse a una villa de emergencia

que aglutinaba a innumerables provincianos, motejados despectivamente de "cabecitas negras", calificativo que traducía la barrera de prejuicio racial que, con soberbia y vanidad, oponía a la gente de la Capital con la del interior.

Mezclando cemento y guijarros conoció al Negro, otro peón como él, que al enterarse de sus problemas de vivienda, le dijo:

—Tenés que hacer como yo, Toto, como todos. Con unas cuantas chapas y maderas te construís un rancho en pocas horas.

—¿Y vivir sin agua y sin luz? No es para cristianos. Tengo mujer y un hijo...

—Bah, bah. ¿Para qué tantos melindres, che? ¿Cómo vivo yo? ¿Cómo viven los que no tienen donde caerse muertos? El agua te la traés de una canilla que hay a tres o cuatro cuadras. Y la luz, bueno... Con una vela o una lámpara a kerosén te arreglás. Y si no, te echás a dormir en cuanto oscurezca, que para eso son las noches. Para descansar y hacer hijos. Y allí nadie te contará los cachorros que echás al mundo. No seas haragán, que yo te ayudaré y me tendrás de buen vecino. Después, cuando levantés cabeza, te vas a vivir a un departamento de lujo en el Barrio Norte —terminó con una ruidosa carcajada.

Era buenazo el Negro, un tipo grandote con vigor de buey, que merecía el mote por su tez morena, oscurecida aún más por su trabajo a la intemperie.

No tuvo otro remedio el Toto. Los pocos pesos que trajo se le habían acabado y se vio obligado a dejar la pensión para buscarse "otra comodidad" en un barrio de emergencia. Allí le nacieron sus dos últimos hijos. Desde entonces, Toto y el Negro solían acovacharse juntos y, tras la jornada, se reunían en

el boliche cercano para tomar unos tragos y jugar un truco o una escoba.

—¡Quince puntos, che! ¡Te gané lejos! —cantó Toto jactanciosamente—. ¿Jugamos otra?

Volvieron a barajar los naipes sucios. El Negro dijo de pronto:

—¿Te diste cuenta de que nunca nos peleamos? Y hace rato que somos amigos, eh.

—¿Y por qué vamos a pelearnos? —preguntó con sorpresa Toto.

El Negro se encogió de hombros. Le brillaban un tanto los ojos por el vino ingerido.

—Y... yo qué sé. Cuando pasa algo que da rabia, le viene a uno ganas de pelear contra cualquiera... —y agregó con intención—: ¿Nunca la codiciaste a mi mujer?

—Estás diciendo pavadas, che...

—¿Por qué? Hay muchos que la miran... Está menos gastada que otras. En un tiempo fue sirvienta de gente rica y aprendió a cuidarse como la patrona. Se pinta hasta las uñas de los pies.

—¿Para qué voy a mirar a tu mujer? Si tengo la mía que me basta y sobra... No me busqués camorra, que no la vas a encontrar.

Siguieron bebiendo y jugando. El Negro pensaba que los años de su juventud se le iban escapando y que no podía salir del pozo en el que se hundía. Primero vio una solución transitoria metiéndose en la "Villa Miseria", pero después quiso salir y se sentía como atrapado en una ciénaga.

—Pero mirá, Toto —insistió tozudo—. El morocho Calixto, que tiene su rancho al lado del mío, me dijo que si no nos peleábamos, era de puro miedo.

—¡Dejate de macanas, Negro! Calixto tendrá envidia de vernos tan amigos. ¿Por qué vamos a pelear sin motivo?

-Y, porque sí. ¿Qué importa el motivo? Después nos amigamos otra vez. ¿O acaso un par de trompadas pueden cambiar la amistad entre nosotros?

—¡Pucha que sos cargoso, che! ¡Acabala!

Siguieron jugando otro rato. Pero el Negro casi no reparaba en las cartas, sometido a un agobio de imágenes interiores. Su mujer salía de compras demasiado acicalada y con el busto bien ceñido, para que los hombres la mirasen con deseo. Y pensaba: "Está muy provocadora... Un día de estos me deja plantado".

Y si no era así, ¿para quién diablos se arreglaba tanto, planchándose a toda hora los pocos trapitos que tenía? ¿No lo estaría engañando ya? En cambio, Toto no tenía problemas. Su mujer parecía resignada a sobrellevar una existencia miserable. Le entró rabia de verlo tan tranquilo y le dijo:

—Escuchá, Toto, son solo un par de trompadas. Yo te digo cualquier cosa indecente, por darle gusto a la lengua, nomás. Vos me contestás otra guarangada y nos pegamos de lo lindo. Después, como si nada hubiera pasado, ¿entendés?

Toto suspiró revelando su fastidio.

—Ya chupamos demasiado, Negro, vámonos. Hoy me toca pagar a mí. ¡Che, mozo, cobrate!

Salieron. Lloviznaba. Los pies del Negro avanzaban algo torpes sin esquivar los charcos de agua que se formaban en la ca-

lle fangosa. Estuvo a punto de caer de espaldas, como resultado de un resbalón, si Toto no lo hubiera sostenido de un brazo.

—¡Apurémonos, Negro, que está empezando a llover fuerte!

Pero el Negro se detuvo de pronto, tomándolo de la manga del saco.

—¡Vení! ¡Vamos a pelear como dos hombres!

—Dejate de pavadas, che. Los amigos no pelean.

En el semblante húmedo del Negro brilló la ira.

—¡Te desafié a pelear, y vas a pelear conmigo si no sos cobarde!

Toto quiso alejarse. El Negro, trastabillando, intentó perseguirlo. Dio unos pasos, resbaló y cayó en el barro. Se levantó como pudo. Ahora estaba fuera de sí, ciego de ira. Corrió tras de Toto y lo agarró.

—¡Te dije que vas a pelear y pelearás, hijo de...!

Le dio un puñetazo en pleno rostro.

—Somos amigos, Negro —le suplicó todavía Toto—. ¡Estás borracho!

Pero el Negro no lo oía. Ya era un torbellino de furia y solo atinaba a pagarle salvajemente. Toto intentó defenderse sin conseguirlo. Su antagonista era mucho más vigoroso. Forcejeó queriendo desprenderse de sus manazas y cayeron ambos revolcándose sobre el barro, como lombrices.

El ebrio se había transfigurado en un puma, cebándose con su víctima. Pegaba y pegaba con todo su ímpetu, hasta que le sangraron las manos, hasta sentir que su amigo dejaba de resistirse y quedaba inmóvil, rígido.

La lluvia arreciaba. Los relámpagos rasgaban el cielo y a su luz se recortaba el humilde rancherío de la "Villa Miseria". Jadeante, el negro se contuvo. Quiso incorporar a Toto, pero no

pudo. Su cuerpo cubierto de barro se le deslizó de entre los brazos como una anguila.

—Levantate, Toto. No quiera pelear más con vos, hermano. ¿No me oís, Toto?

La lluvia y el frío de la noche diluían de su mente los vapores del alcohol y en su semilucidez empezaba a entrever algo espantoso. Trémulo, zarandeó el cuerpo inerte.

—¡Levantate, Toto! ¡Somos amigos! ¡Somos amigos!

* * *

A la policía le resultó un juego de niños dar con el autor de la muerte de Toto. Y a las pocas horas de ser descubierto al cadáver, comparecía el Negro ante el comisario. Con gesto imperativo, el funcionario lo interrogó:

—¡Lo mataste vos! No intentes negarlo, que no te servirá de nada. ¡Te vieron peleándote con la víctima!

El Negro no pensaba negarlo.

—Sí, señor comisario. Es cierto, nos peleamos.

—Y lo mataste. Seguramente para robarle, ¿eh? ¡Confesá! ¡Confesá!

El Negro miró indignado al comisario.

—¿Robarle yo? ¡Si el Toto era mi amigo... un hermano!

—¿Y por qué te peleaste con él, entonces?

El Negro permaneció un instante en silencio, perplejo.

—No sé, por pelear... Por ganas de pegarle a alguno, de rabia que me tenía yo mismo, por mi vida perra. Lo desafié... Él no quería... Y no recuerdo más... Pero nunca pensé matarlo, señor comisario. Si era mi mejor amigo —terminó lloriqueando como una criatura.

El comisario hizo un mohín despectivo.

—¡Cosas de borrachos! ¡Agente, pásemelo al calabozo!

El Negro se dejó conducir dócilmente y solo atinaba a repetir entre sollozos, que ahora le brotaban del pecho como rugidos:

—¡El Toto era mi mejor amigo! ¡Mi mejor amigo!

EL MENTIROSO

Pedro Ferrey era un mentiroso nato. Mentía por vocación, por gusto, por inveterada costumbre y por estrategia. Si se le hubiera pinchado una vena, conjuntamente con su sangre, su poca y pobre sangre de hombre flaco y casi anémico, debían brotarle también esas mentiras que infectaban íntegramente su físico mezquino, sus huesos, su carne, su voz... ¡Todo!

Estaba siempre tramando sus embustes, aunque le salían con absoluta espontaneidad. En esto debía reconocerse que tenía un talento genial.

El móvil de sus mentiras era su constante afán de impresionar a los demás con actitudes estudiadas de "hombre importante". Solía tomar el teléfono y simulaba llamar a un personaje influyente. ¡Todas mentiras! Fingía la conversación para que los demás creyeran en sus relaciones con ministros o gente del gran mundo social. De esta manera, suponía ganar prestigio en la consideración de la gente, precisamente porque su aspecto físico era más que insignificante y de su persona fluía mediocridad y pequeñez. José Ingenieros pudo haberse inspirado en él para escribir su célebre ensayo La simulación en la lucha por la vida.

Supe la historia matrimonial de Ferrey y creo que merece ser contada.

Ema, su mujer, fue otra víctima de sus mentiras. La había conquistado desplegando la más hábil y sutil de las tácticas.

Quizás en la época de Alejandro el Magno o de Napoleón, Ferrey hubiera hallado un escenario digno para desarrollar sus aptitudes. En el Buenos Aires del siglo XX, su estrategia solo pudo tener el limitado campo del galanteo.

Ferrey la cortejó contándole mil historias de sí mismo y transfigurándose en héroe de la mitología ciudadana, hasta que logró envolver a Ana en una red de fantasías que le impidió vislumbrar la luz de la realidad. ¡Qué no le dijo Ferrey para volcar en su favor la decisión de Ema, de cuyos abundantes encantos se sentía prisionero! Le mintió que iban a nombrarlo para un cargo importantísimo, que esperaba una suculenta herencia, que estaba por publicar un libro que lo haría famoso y muchas cosas más por el estilo. Mentira tras mentira, Ferrey fue fabricándose otra personalidad que superpuso a la suya. Finalmente, Ema, un tanto alucinada por el palabrerío de su cortejante o porque no tenía entonces otros candidatos serios al matrimonio, cedió posiciones.

¡Fue el gran triunfo de Pedro Ferrey! Cuantos lo conocían empezaron a tratarlo con una admiración que halagó su vanidad. Había conquistado a una real hembra que atraía las miradas de los hombres, aunque su exuberancia de carnes contrastaba con el menguado aspecto de quien se convirtió en su marido.

Ferrey conoció días culminantes de felicidad, de apoteosis, pero muy pronto empezaron sus desavenencias con su mujer. Ella era ambiciosa, amaba el lujo y las comodidades que nunca hubiera podido ofrecerle con su modesto empleo oficinesco. Y aprovechaba cuanta oportunidad tenía para discutir con él, especialmente al servirle el almuerzo o la cena, impidiéndole, naturalmente, una digestión regular.

—Vieras el abrigo de piel que le compró el vecino a su mujer... ¡Debió costarle una fortuna!

—Pronto te compraré uno, querida. Estoy por entrar en un negocio con grandes perspectivas. A vos te quedará mejor que a ese cachivache.

Ema estallaba hecha una furia:

—¡Basta de mentiras! ¡Basta! ¡Estoy harta, sabés! ¡Harta!

Ferrey fingía un gesto de asombro:

—No son mentiras, querida. Tené un poco más de paciencia. Si el negocio sale bien, hasta tendremos coche, ¡te lo aseguro!

Al principio conseguía aplacarla, pero cada vez menos, porque las promesas nunca se confirmaban.

Pasaron varios meses sin que desapareciese la discordia por causa del exiguo sueldo de Ferrey. Cierto día, tras una cena transcurrida misteriosamente en paz y silencio, Ema extrajo del guardarropa un hermoso abrigo de piel de leopardo. Y con la mejor de sus sonrisas le dijo:

—Te tenía reservada una sorpresa, querido. ¿Te gusta?

Se lo puso pavoneándose frente al espejo. Ferrey la miró estupefacto.

—¡Lo compraste? —balbuceó él, por decir algo.

—¿Comprarlo? ¿Con qué dinero? Me lo regaló Anita, mi amiga.

—¿Anita?

—Sí, es toda una ricachona. La visité hoy y al saber que me moría de ganas por tener un abrigo de buena piel, me regaló uno que a ella le sobraba. ¡Tiene como una docena! ¡El marido es constructor y gana millones! —y agregó con una sonrisa—: Me queda bien, ¿verdad? Anita y yo tenemos el mismo cuerpo.

Una sonrisa de cinismo brillaba en los labios de Ema, una sonrisa que Ferrey nunca había conocido hasta entonces. Anita era una vieja amiga casada con un hombre de dinero, pero de una avaricia absoluta, de la que no podía esperarse ningún gesto generoso.

Ema siguió moviéndose ante al espejo y ensayando poses de maniquí.

—Anita me estima mucho. Si vieras el piso que tienen...

Pedro la miraba fijo y en silencio. Ema acariciaba el cuello de la piel con goce felino. Le pareció una gata sensual.

—No abriste todavía la boca para decirme nada, querido. ¿Acaso no me queda bien? ¿No te gusta verme así, mejor vestida?

Ferrey salió por fin de su mutismo. Con incontenida ira le gritó:

—¡Mentira! ¡Este abrigo es nuevo, y la tacaña de Anita no pudo habértelo regalado como decís! ¡Me estás mintiendo!

Sin dejar su sonrisa cínica, Ema le contestó:

—Me ofendés, Pedro. ¿Qué estás insinuando? Ahí tenés el teléfono. Llamala y preguntale si no me regaló el tapado.

Ema jugaba ahora con él, como el gato con el ratón. Luego, dejó deslizar de sus labios sus palabras de desafío:

—No me gusta que me griten. Si no me creés, nos separamos y cada cual sigue por su lado.

Pedro contuvo la rabia que bullía en su interior. Intuyó que el abrigo de piel era el precio de algo que ofendía su honor, pero comprendió también que Ema se mostraba dispuesta a dejarlo y aflojó.

—No, cómo no voy a creerte, solo que hubiera preferido comprártelo yo, de haber podido...

En el rostro de Ema se reflejó un gesto de triunfo mezclado de desprecio. Empezaba a desquitarse de sus mentiras, mintiéndole a su vez. Ferrey optó por ponerse el saco y salir.

—Me espera un amigo en un café.

Fue, sí, a un bar cercano, donde solo lo esperaba su angustia. Bebió copa tras copa hasta que sus ojos se enturbiaron. Quería sofocar la voz que le brotaba impetuosamente de su conciencia atormentada: "¡Sos un infeliz, Pedro Ferrey! Ema te engaña. Su amante le regaló esa piel y vos lo aceptaste. Te engaña y seguirá engañándote. ¡Debiste pegarle o dejarla! ¡No supiste defender tu dignidad de hombre, infeliz!".

Pero Ferrey se aferraba a su mujer para sentirse "alguien".

* * *

Desde entonces, Ema, más segura de sí misma, no se cuidaba siquiera de inventar otra mentira, más convincente, para justificar los nuevos vestidos que estrenaba. Simplemente se los ponía y los lucía sin darle mayores explicaciones.

Cierta vez, Ferrey bramó furioso sin poder contenerse:

—¡Debería estrangularte, por cínica!

—¿De veras, Otelo? ¿Por qué no lo hacés? —le replicó su mujer, burlona.

Pedro, sin contestar, salió de la habitación dando un portazo.

Al otro día, luego del almuerzo, Ferrey fingió ir al trabajo como de costumbre, pero se quedó agazapado en la esquina. Quería comprobar la infidelidad de su esposa, quizá con el morboso placer de escarbar en sus llagas. La había visto es-

merarse en su tocado, esmaltarse las uñas, componerse cuidadosamente el peinado...

Sus presunciones se confirmaron. Ema apareció en la calle elegantemente vestida. La siguió sin ser visto y, dos cuadras más allá, la vio subir a un automóvil y besar al hombre que empuñaba el volante. La escena llenó sus ojos de lágrimas y su corazón de profundo rencor. "¡Es una prostituta! ¡Irá a acostarse con su amante! ¡Es solo una vil ramera que debería echar a puntapiés de mi casa!", masculló.

Ideas homicidas cruzaron por su mente, pero, esclavo de su rutina, fue a su trabajo. Cuando volvió por la noche, miró intensamente a su mujer, a punto de estallar en una violenta escena de reproches y celos. Ema lo miró con ojos de fingida inocencia y Ferrey se contuvo. Siempre cobarde, temió precipitar el momento decisivo de su separación. Quiso decir algo, cualquier banalidad y la humillación sofocó su voz.

Días después, empezaron a menudear los llamados telefónicos. Si atendía ella, la veía conversar furtivamente; si atendía él, nadie contestaba, o fingían haber equivocado el número.

Una tarde, estando en su empleo, Ferrey sintió un intenso dolor de cabeza que no pudo dominar con los analgésicos. Pidió permiso y se retiró antes de terminar su jornada.

Al llegar a su departamento, la fiebre inflamaba ya su cabeza, pero una sensación de frío glacial recorrió todo su ser al entrar y encontrar en el living a su mujer con un hombre desconocido. En las caras de ambos vio reflejarse la sorpresa, mezclada con el miedo que les causaba su imprevista presencia.

—Es un pariente, un primo que vino a visitarme a su paso por Buenos Aires —dijo tartamudeando Ema—. Estaba esperando que volvieras de tu empleo para presentártelo.

Mentía ya con la misma facilitad y soltura que Ferrey, o mejor aún.

—Sí —secundó el desconocido—. Acabo de llegar de Mendoza y quise saludar a mi parienta. Y agregó desfachatadamente: —Me alegro de conocerlo, señor.

Ema recobró su aplomo; su habitual sonrisa burlona y desafiante asomó en su rostro. Ferrey se sintió sumergido en un abismo de ignominia, hecho un guiñapo. Pensó que otros dan muerte a la mujer adúltera, pero él era incapaz de matar siquiera una mosca. Además, ¿sería ese su único amante, o uno de tantos?

—Me sentí enfermo en la oficina y volví. Creo que tengo fiebre. Voy a acostarme —dijo con voz débil, como disculpándose.

Y se fue al dormitorio. Las sienes le presionaban. Oleadas de fiebre invadían su cráneo, pero pese a su mirada turbia, tuvo plena evidencia del adulterio de su mujer. Vio la cama revuelta, en la almohada las huellas de dos cabezas y otras huellas más, infames, delatoras. Una intensa sensación de repugnancia se apoderó de él. ¿Acaso podría acostarse donde estuvo su mujer regodeándose con otro hombre?

Se quedó paralizado, indeciso, profundamente angustiado. ¿Iba a continuar aceptándole todo y permitiendo que, durante su ausencia, su mujer trajese a sus amantes a su propio hogar? Se reprochó amargamente su cobardía. Debió haber reaccionado virilmente con un impulso homicida. La justicia lo hubiera perdonado.

Ahora, solo le quedaba una única decisión que tomar para defender su dignidad de varón ultrajado. ¡La dejaría! Abandonaría el departamento con las muebles y todo lo que pudo comprar con sus ahorros de largos años, pero se alejaría de ella sin perder tiempo. De otro modo se hundiría en el asco, la vergüenza y la degradación, como en un sucio pantano.

Con gesto trémulo, sacó del placard una valija, la misma que había utilizado en la época feliz de su viaje de bodas, y la llenó con su ropa. Amontonó sus pertenencias con desorden y salió de la habitación.

Ema estaba sola. El otro se había retirado con prisa. Su mujer lo miró furtivamente, como espiando su reacción y, al ver que llevaba una valija, lo comprendió todo.

Pedro iba a irse sin decir una palabra, como dando su decisión por sobreentendida. Abrió la puerta y, ya con un pie afuera, se volvió y, más que decirle, le escupió:

—¡Puta!

* * *

Pero Pedro Ferrey siguió siendo el eterno mentiroso. De haber confesado a sus amigos las infidelidades de su mujer, los mismos que antes le envidiaron su conquista se hubieran reído de él con satisfacción. Por eso, cuando Ferrey recordaba a Ema, prefería decirles con un dulce tono en su voz:

—Mi esposa era un ángel de bondad. El sinvergüenza fui yo, que anduve con otras mujeres, hasta que ella se enojó y resolvió separarse. Difícilmente habrá una mujer más santa y más pura que Ema.

LÁZARO

—Entonces, ¿puedo volver a mi casa, doctor? —preguntó Jacinto Chaves.

El médico hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, mi amigo. Puede regresar cuando quiera.

Una amplia sonrisa se dibujó en las pálidas y angulosas facciones del enfermo.

—Estoy mejor, verdad, ¿doctor? —volvió a preguntar.

Nuevo gesto de asentimiento.

—Sí. En su casa terminará de reponerse –agregó el médico antes de alejarse para dedicar su atención a otros pacientes de la sala.

Al aparecer la enfermera, Jacinto le expresó su satisfacción:

—¡Por fin podré irme, mi estimada samaritana! ¡Y yo que me había hecho a la idea de que solo saldría de aquí rumbo al cementerio!

Siguió hablando, lanzando borbotones de palabras que reflejaban su alegría intensa. Con la voz que pudo, comunicó la noticia a las enfermeras con las cuales había contraído una amistad de circunstancias, esa amistad de hospital que tiene como lazo común la misma amargura del dolor.

—¡Óigalo usted, 13, y usted, 18! ¡Me dejan salir! ¡Puedo irme a mi casa!

También allí los hombres eran números como en la cárcel, prisioneros de su mal.

—¡En cuanto venga ni mujer me iré con ella!¡Les deseo a todos la misma suerte!

Le llovieron las felicitaciones. El 16 y el 23 también lo felicitaron, y estos dos últimos –bien lo sabía Chaves– no tenían retorno posible al hogar. Lo había comprendido en el semblante grave, cerrado a toda esperanza que ponían los médicos al examinarlos, y en los llantos furtivos y sigilosos de los familiares que los visitaban.

Pero él, Jacinto Chaves, el 35, dejaría de ser una exangüe masa de carne caliente con un número por nombre, para convertirse nuevamente en Jacinto Chaves, el "señor Jacinto Chaves", esposo y padre y con un importante cargo en la casa importadora de "Chesterton and Company Ltd.". Un hombre normal, en fin, como muchos.

De pronto adoptó una resolución:

—Me voy ahora mismo, enfermera. Tengo la venia del doctor.

—¡Imposible! Tendrá que esperar a su esposa. Está usted muy débil para intentar el regreso a su casa sin ayuda.

—No, enfermera, no. Le agradezco su interés y sus amables atenciones, pero quiero reintegrarme a la vida. ¡Estoy impaciente por salir de aquí!

Había algo más que no quiso confesarle. Era amigo de las sorpresas: le gustaba aparecerse repentinamente en cualquier parte, sin anticipar su visita. Además, en esta forma, paladeaba su retorno al hogar del que había estado ausente no menos de doce meses, un largo año, inmenso, inacabable, colmado de radiografías y cirugías. Se sentía débil, muy débil, pero emprendería el retorno por sus propios medios.

Con pasos temblorosos se dirigió al lavabo. El espejo le devolvió una imagen desconocida de sí mismo. Nada había en ese rostro demacrado, de ojos hundidos, en esa piel marchita en la que se marcaban las huellas de una incipiente vejez, de aquel Chaves otrora, obeso, risueño, pronto a la carcajada que le coloreaba los gruesos carrillos hasta el rojo subido. Numerosas canas se le agrupaban en las sienes para recordarle también el terrible lapso transcurrido en su lecho de dolor.

Se frotó la piel del cuello y del rostro para quitarles algo de su intensa palidez y se peinó lo mejor que pudo. Luego empezó a recoger sus menudencias acumuladas en 365 días de inmovilidad y con generoso gesto repartió entre los enfermos de su simpatía las revistas y libros con que, inútilmente, trató de obtener alguna distracción. Finalmente inició su salida del hospital.

Le costaba caminar, pero con decisión firme dejó atrás el pabellón con sus vahos, quejas y agonías para iluminar sus ojos con los oros de una tarde apacible que incitaba a vivir.

Apenas Jacinto salió, el 6, un viejecito de tez macilenta, le preguntó a la enfermera:

—¿Acaso el 35 ya está bien como dijo? ¿No tenía cáncer?

La mujer in interrogada asintió en voz baja, confidencial:

—Sí... ¡El caso es incurable!

Habla manifiesta ansiedad en la pregunta del 6. Él se sabía condenado a muerte, tenía conciencia de que su fin estaba próximo, y al ver salir a Chaves, aparentemente restablecido, sintió que le acometía una incontenible envidia, mezclada con despecho, amor propio y punzante irritación. Pero al enterarse de la verdad, suspiró:

—De modo que el 35 no lo sabe, ¿eh?

—No. El doctor lo dejó retirarse para que pase sus últimos días en su casa. Como no tiene cura...

Suspiró otra vez el viejecillo y se apagó la envidia que brilló un instante en sus ojos. Y entonces agregó las palabras de rigor, las palabras baratas de compasión:

—Pobre, tan buen hombre como parece. Tan joven todavía...

* * *

El taxi que conducía a Jacinto Chaves se detuvo frente a un amplio edificio de departamentos. Reuniendo todas sus fuerzas, Jacinto subió con la valija los cuatro escalones de la entrada y se dirigió al ascensor. Una vecina que se cruzó a su paso hubiera pasado de largo sin reconocerlo, si no hubiera oído su saludo.

—Buenas tardes, doña Eulalia...

—¿Es usted, don Jacinto? Entonces, ya está mejor, ¿verdad?

—Sí, señora, sí —y sonriendo con picardía se aplicó una popular frase: —¡Las malas hierbas no mueren nunca!

—¡Me alegro mucho de verlo, don Jacinto! Que siga bien.

Subió Jacinto al ascensor simultáneamente con un chicuelo que recordó como amiguito de su hijo.

—Soy el papa de Tito —se dio a conocer—. ¿Seguís jugando con él?

—Sí, señor. Es mi mejor amigo. Y estoy esperando que vuelva del cine.

—¿Fue...con su mamá?

—No. Lo llevó el señor Ricardo. Siempre sale con el señor Ricardo.

El ascensor llegó al octavo piso y el chico se alejó. Jacinto avanzó unos pasos y oprimió el botón de un timbre. A los pocos instantes apareció su esposa que lo contempló con excesivo gesto de asombro.

—¿Vos, Jacinto? Pero... ¡cómo! ¿Cómo es posible?

—Me dieron de alta y quise volver sin prevenirte —dijo sonriendo.

La mujer continuó en su misma actitud de sorpresa, atinando apenas a tartamudear unas palabras:

—¿Por qué no me avisaste? Hubiera ido a buscarte. ¿De veras que estás bien?

—Sí, querida. Muy bien. Todo lo bien que se puede estar. Todavía me siento algo débil, pero ya me repondré y volveré a ser el de antes.

Hallábase por fin en su casa, en su hogar, con los suyos. Lejos, bien lejos del nauseabundo olor a desinfectantes, bien lejos de los uniformes blancos, de las paredes blancas, del algodón blanco, de las gasas blancas. El blanco se le había hecho el color de su enfermedad. Cual otro Lázaro resucitado, volvía a ser un hombre vivo y sentía el goce de apoyar sus pies en el suelo, afirmándose como si echaran raíces.

Inició el reconocimiento de su casa. Todo estaba casi igual, como si el tiempo no hubiera pasado por allí, pero al llegar al comedor notó un amontonamiento de muebles. Elena se apresuró a darle la explicación:

—Pasaba apuros de dinero y tuve que aceptar un huésped.

—¿Un huésped? ¿Un tal Ricardo que llevó a Tito al cine? Me lo dijo un chico que subió conmigo al ascensor.

Su esposa contestó algo vacilante:

—Sí. Salió a pasear con Tito. Lo quiere como si fuese (iba a decir "su hijo", pero corrigió:)... Lo quiere mucho.

Y como justificándose, agregó:

—Era necesario. Teníamos muchos gastos y lo que aún nos seguía pagando tu patrón, no nos alcanzaba. Pero Ricardo, digo, el huésped, es un hombre amable, respetuoso y atento. Cuando lo conozcas, te gustará.

—Sí, no lo dudo, no lo dudo.

Insistió Elena:

—¿Es verdad que te sentís mejor? ¿No te duele nada?

Jacinto repitió con impaciencia:

—¡Estoy bien, muy bien! No te preocupes. Ahora solo quiero descansar... descansar...

Aunque hubiese sentido la tortura de un dolor intenso, lo habría callado. Empezaban a fastidiarle las preguntas de su mujer sobre su estado físico. ¿Acaso tenía que sorprenderse de que estuviera mejor? ¿Acaso no podría sacar definitivamente el pie del ataúd?

—Voy a dormir un poco, pero cuando llegue Tito despertame. Quiero abrazar al pibe.

Entró en el dormitorio y contempló su alcoba conyugal, acogedora, cubierta con una colcha llena de dibujos y flecos que regocijaban sus ojos. Todo estaba limpio, con profusión de adornos a los que su mujer era muy afecta. Desaparecería definitivamente de sus ojos la dolorosa blancura del hospital, una uniforme blancura que había terminado por serle tediosamente antipática.

—¿Querés que te ayude a desvestirte? —le preguntó su mujer.

—No. Puedo arreglarme solo. Si te necesito, te llamaré.

Se sacó con dificultad los zapatos y se quitó la ropa. No quiso que su esposa contemplase su miserable estado físico, que lo viese hecho una ruina o un espectro.

Cada movimiento le resultaba un esfuerzo tremendo. Al fin se desnudó y se deslizó en el lecho con una intensa sensación de agrado.

Antes de cerrar los ojos, fijó su mirada en el retrato de bodas colgado en la pared que retenía una imagen de su juventud.

Cerró los ojos y se sumergió en un rápido sueño.

* * *

Una manecita suave que acariciaba sus cabellos lo despertó.

—Pobre papito. ¡Qué flaco estás! —oyó que le decía su pequeño Tito.

Jacinto tomó la frente del chico y la besó largamente, con cálida ternura.

—¡Vaya muchacho! ¡Si estás hecho un hombrecito! —le dijo experimentando el paternal orgullo de verlo parecido a él—. No me esperabas, ¿eh, mocoso? Te di una sorpresa grande, ¿verdad?

—Sí, papá, pero estás muy flaco.

—No importa. Ya me pondré gordo otra vez, como antes.

El niño lo miró detenidamente, con esa curiosidad un tanto impertinente de los chicuelos.

—Y parecés más viejo, papá. Antes no tenías tantas canas...

—La enfermedad tiene la culpa, muchacho —intentó sonreír Jacinto.

—Y ahora... ¿ya estás bien?

—Sí, querido, sí. Pero hablame de vos, de tus estudios...

Le regocijaba la proximidad de su hijo y ansiaba escucharlo e identificarse con su mundo de fantasía. El pequeño empezó a contarle sus cosas, los mil hechos cotidianos de sus estudios y juegos.

—Y el señor Ricardo también es muy bueno conmigo, papá —agregó. Se arrugó el entrecejo del enfermo. Insistió el chico: —Me compra chocolates y me lleva al cine. Es casi tan bueno como vos. Y con mamá también es bueno. Siempre le trae regalos.

Le disgustó a Jacinto la referencia sintiendo la mordedura de los celos. "¿Por qué sería tan bueno el señor Ricardo?", se preguntó mortificado.

Poco después, a la hora de la cena, Elena le presentó al huésped, un hombre joven y de aspecto fuerte y saludable que le habló cordialmente.

—Me alegro muchísimo de conocerlo, señor Jacinto. Y celebro que esté mejor.

Su voz tenía la dulce tonalidad del que desea hacerse simpático.

—Sí. Estoy mucho mejor. Y creo que mañana retornaré a mi trabajo.

—Cuente usted conmigo si puedo serle útil, señor Jacinto. Me agrada ser pensionista en su casa, y hasta me hice gran amigo de su hijo. ¿No es así, Tito?

El chico asintió complacido.

—Sí, papá. El señor Ricardo me lleva a ver fútbol.

Jacinto cenó sin demostrar ganas de conversar, y pese a la aparente simpatía del huésped, adoptó el decidido propósito

de desalojarlo cuanto antes. No estaba dispuesto a compartir su hogar con nadie, ni tampoco el afecto de los suyos.

Terminada la cena, se retiró a su dormitorio. Su mujer se quedó unos instantes en la cocina, ocupada en lavar los platos. Cuando finalizó la tarea, entró en la habitación donde dormía ya su marido, que emitía fuertes ronquidos. Estática, reparó en su rostro pálido, cadavérico, surcado de arrugas prematuras. Luego se aproximó a la camita del pequeño que dormía en la habitación contigua y con maternal dulzura le acarició los cabellos.

Al salir del cuarto de encontró con el "señor Ricardo", que parecía esperarla. Se quedaron un momento mirándose en silencio, tras el cual el huésped la estrechó impetuosamente entre sus brazos y la besó apasionadamente. Transcurrido el arrebato amoroso, le preguntó Ricardo con palabras nerviosas:

—¿A qué volvió tu marido? ¿No me dijiste que lo habían desahuciado?

—Sí. No creo que pueda salvarse. No tiene remedio. ¿No te das cuenta con solo verlo? Parece un cadáver...

—Y aunque pudiera salvarse ya no pienso dejarte, ¿oís? ¡Sos mía! ¡Solo mía!

Le contestó Elena con sofocada voz:

—Sí, querido. ¡Solo tuya... tuya!

Y volvieron a unir sus bocas en un beso voluptuoso, frenético.

***

Jacinto terminó de acicalarse con su mejor traje, que le quedaba terriblemente holgado. De pronto, sintió un mareo; el

piso parecía hundirse bajo sus pies. Su mujer, que lo observaba, le dijo:

—¿Te sentís mal?... ¿Por qué no te acostás?

Con un poderoso esfuerzo de voluntad, Jacinto se incorporó.

—Me voy a mi oficina, como antes.

Elena lo miró boquiabierta. Y junto a su sorpresa y estupefacción se marcaba un rictus de contrariedad.

—Pero, ¿acaso vas a poder trabajar?

—Sí. Quiero recuperar lo mío. ¡Todo! ¿Comprendés? ¡Todo lo que me hizo perder la maldita enfermedad!

Y con decisión firme, aunque con pasos temblorosos, salió de su casa para encaminarse a las oficinas de "Chesterton and Company Ltd.", donde tenía a su cargo la sección bicicletas.

Tomó un taxi. No hubiera podido viajar en ómnibus, como lo hiciera habitualmente, pues su debilidad era extrema.

Subió cinco o seis escalones con gran fatiga y, jadeante, penetró en un mundo febril, pletórico de máquinas de escribir y de sumar, colmado de voces duras que daban órdenes o dictaban números y con estridentes teléfonos que martillaban implacablemente sus oídos. Allí nada había cambiado. Todo seguía igual. Solo él era una sombra que se movía entre hombres recios y tenaces.

Algunos le saludaron denotando gran sorpresa y haciéndole comprender que debía estar casi irreconocible. Al término de un largo pasillo llegó a su oficina que ostentaba, bajo el rubro de "Sección bicicletas", el nombre "Artemio Rodríguez, Jefe".

El tal Rodríguez había sido su ayudante, pero en su ausencia lo reemplazaba. "Se apresuró a cambiar mi nombre por el suyo", pensó con disgusto y amargura.

Golpeó a la puerta con los nudillos y se decidió a entrar. Se encontró con la mirada estupefacta de su reemplazante, que parecía no dar crédito a lo que veía a través de sus gruesos cristales de miope. Junto a él, una secretaria joven de belleza estilizada y cabellos rubios de caprichoso peinado dejó de teclear su máquina para contemplarlo. No era la misma que estuviera a su servicio. Las secretarias de mucha belleza jamás duraban más de seis meses o un año en el empleo. Se aburrían o se casaban.

—¿Desea hablar con el jefe de la "Sección bicicletas"? —le preguntó la muchacha.

—¡El jefe soy yo! —le respondió Jacinto con firmeza.

Rodríguez salió de su mutismo tartamudeando:

—¿Co... cómo está usted, señor Chaves?

—Bien, mucho mejor —y agregó desafiante—: ¿O acaso creyó que no regresaría más?

Sin hacerse cargo del sarcasmo, Artemio agregó hipócritamente:

—¡No sabe usted cuánto me alegro de verlo, señor Chaves...!

—He venido a reasumir mi jefatura, Rodríguez. ¡Tiene usted que borrar su nombre de la puerta, inmediatamente!

Rodríguez, tragando saliva, le preguntó:

—¿Habló con el señor Chesterton? Se han producido ciertos cambios en la organización y...

—¡Ya hablaré con míster Chesterton! —lo interrumpió con acritud—. Pero el jefe de la "Sección bicicletas" sigo siendo yo, ¿entiende?

—Sí, claro, si es que míster Chesterton...

—Iré ahora mismo a aclarar las cosas con él, no se preocupe usted.

Intentó demostrar energía, decisión, fortaleza. Sentía en cambio que le temblaban las piernas y que estaba a punto de desmayarse. Le faltaba el aire, se sofocaba y se apresuró a salir de la oficina para sobreponerse a su debilidad.

Aspiró con rabia el aire que le reclamaban los pulmones y se dirigió, casi arrastrando sus pies, al despacho de míster Chesterton, un inglés frío que solo sabía hablar de números y estadísticas.

Se hizo anunciar, pero míster Chesterton estaba ocupado. Había otros esperando y debía aguardar su turno. El inglés siempre se hallaba de conferencia, echando humo de un grueso cigarro y gruñendo en su idioma, palabras como *exportation, guarantee, profit, exchange*...

A través de la puerta se filtraban fragmentos de la conversación que míster Chesterton sostenía en su despacho: *exportation, guarantee, profit, exchange*... Entraba uno y salía otro. Las mismas palabras: *exportation, guarantee*...

La secretaria escribía a máquina sin parar. Le pareció a Jacinto que cada vez lo hacía con más fuerza y que sus dedos tenían ya la potencia de grandes martillos que aporreaban yunques, tal era el estrépito que causaba a sus atormentados oídos.

Exportation, guarantee... tic, toc... muy señor nuestro... ¡pim, pam, pum!... *Exportation, guarantee*...

Pronto le llegaría el momento de enfrentarse con míster Chesterton, a quien le diría, componiendo forzadamente una sonrisa: "Vengo a retomar mi cargo de jefe de la 'Sección bicicletas', míster Chesterton. Ya estoy bien y las bicicletas de su empresa estarán seguras confiadas a mi pericia".

Míster Chesterton también le sonreiría amablemente, como acostumbraba en algunas especialísimas circunstancias, y golpeándose las puntas de los dedos le respondería:

—Oh, *yes*, señor Chaves. Aquí tiene usted un cuadro estadístico con la situación actual del mercado.

Y, siempre prolijo, le exhibiría un análisis somero e incontrovertible.

Tic... toc... *Exportation, guarantee*... Habían terminado las entrevistas de las demás personas y le tocaba el turno a él. Iba a recuperar su empleo. Volvería a trabajar, a vivir. ¡sobre todo a vivir!

Hizo un esfuerzo... un supremo esfuerzo... Tic, toc... *Exportation, guarantee*...Todo empezó a girar en torno de su cabeza, todo empezó a dar vueltas... ¡y cayó al suelo, hecho un guiñapo, desvanecido, impotente, agónico!

* * *

Artemio Rodríguez se frotó las manos satisfecho. Estaba radiante y no hizo nada para disimularlo. Había hablado por teléfono a la casa de su jefe, de su antiguo jefe. Lo atendió su esposa, una señora de voz muy agradable y, con acento compungido, le informó que Jacinto Chaves se hallaba moribundo.

Ya no le cabían dudas a Rodríguez con respecto al inminente desenlace de la enfermedad, aunque la brusca aparición de Chaves en su oficina le produjo el espantoso efecto de una resurrección. Pero no, la sentencia capital que pesaba sobre él se cumpliría inexorablemente. Y, frotándose las manos, empezó a dictar órdenes a la secretaria rubia. Seguía siendo el jefe y su nombre quedaría en la puerta de su oficina.

La felicidad le rebosaba del rostro velándole los gruesos lentes. Todo no había pasado de un susto.

Limpió sus anteojos, aclaró su voz y con gesto de hombre importante empezó a dictarle una carta a su secretaria que ese día, le parecía destacar más que nunca son ondulantes encantos.

—Muy señor nuestro... las bicicletas que le ofrecemos...

Pero el eco del tic tac de la máquina de escribir era muy otro en sus oídos: "Se está muriendo... se está muriendo".

* * *

Con mirada turbia, como si lo viera todo a través de una neblina, Jacinto divisó algunas formas humanas rodeando la cama donde agonizaba.

—Papá... Papito querido...

Al oír la voz de su pequeño Tito, intentó una caricia postrera. Su mano derecha se levantó hasta tocar los rizos de su hijito y luego cayó exangüe, mientras sus labios se movieron en el deseo de pronunciar una palabra afectuosa. ¡La última!

¿La dijo? ¿No la dijo? Quedó con los ojos abiertos y en ellos debió reflejarse la imagen del chico. Elena se los cerró suavemente y Ricardo, el "señor Ricardo", cubrió la cabeza del cadáver con la sábana.

* * *

Cuando Artemio Rodríguez entró en la oficina del inglés, le comunicó la noticia.

—¿Sabe usted, míster Chesterton? ¡Ha muerto Jacinto Chaves!

—¿Jacinto Chaves? —repitió el inglés como si no recordara quien fuera—. Oh, *yes, yes* —dijo luego arrojando una bocanada de su grueso cigarro.

—Era una buena persona, ¿no opina usted to mismo?

—*Yes, yes,* una buena persona —y sin cambiar siquiera de tono para intercalar una acotación melancólica, agregó: —Aquí tiene usted nuevas listas de clientes...

Y repitió las consabidas palabras: *Exportation, guarantee, profit.*

Las aguas se juntan sin pausa sobre el casco del buque náufrago engullido por el mar. Y todo queda igual en la superficie. Olas...

GRANDOTE ZONZO

Marcelo caminaba por una calle céntrica, indiferente a la lluvia que caía y al viento frío y huracanado que mordía sus carnes ateridas, cuando la idea empezó a roerle como si le hubiera entrado un ratón en el cerebro: "me suicidaré –se dijo– no quiero seguir viviendo sabiendo que es de otro".

Miró con vaguedad las alturas y solo vio un cielo de tempestad que reflejaba su propia angustia.

Tenía apenas 27 años, pero su senda se cortaba bruscamente al borde de un abismo. Un paso más en su determinación, un pequeño trozo de plomo en su sien y estaría sumergiéndose en el vacío infinito.

Meditó un instante: "¿En su sien o en su corazón? ¿Sobre qué punto vital apoyaría el arma?". Decidió prontamente que alejaría el balazo de su cerebro donde se gestaban, con torturante obsesión, sus pensamientos fijos en Marta.

Tenía la ropa húmeda, pegada al cuerpo y los cabellos mojados, aplastados sobre la frente. Pero su cuerpo le pareció anestesiado y el impulso suicida se afirmó en su voluntad.

Al entrar en su pequeño departamento, que ocupaba con su madre viuda, esquivó como pudo la mirada atenta de la anciana, procurando disimular su estado anímico.

—Volviste temprano, Marcelo. ¿Querés que te sirva un mate antes de cenar?

Por lo común, al salir de su empleo, Marcelo se entretenía tomando un café con algunos compañeros de oficina o se ci-

taba con Marta al término de su periódica lección de inglés. Pero el día anterior la había llamado por teléfono y Marta le comunicó bruscamente su decisión de ruptura, una decisión que había empezado a intuir en su trato inexplicablemente frío y esquivo, así como en los extraños y continuados pretextos que le daba para no concurrir a las últimas citas. Pese a ello, fue a verla para pedirle explicaciones, ansioso de recuperarla.

—Lo siento, Marcelo. Lo nuestro ha terminado —le dijo secamente en la puerta de su casa, donde lo recibió como a un intruso, sin invitarlo a pasar al interior.

—¿Por qué me hablás así, Marta? ¡Te oigo y no te creo! ¿Hay otro hombre en tu vida?

Insistió reiteradamente ante el silencio de Marta, quien finalmente le respondió:

—Bueno, ya que lo querés saber, ¡es así! —y sin comprender en inmenso daño que le causaba, agregó: —Separémonos como buenos amigos, será lo mejor. Olvidá lo que hubo entre nosotros.

—No podré olvidarte nunca, Marta. ¡Mis sentimientos no son frívolos, sino profundos, firmes como una roca! Vos sabés que te quiero. ¿Cómo podés dejarme por otro, después de todo lo que hubo entre nosotros?

Y siguió hablando, soltando su pena a borbotones con palabras casi sollozantes, pero nada consiguió. Marta permaneció inconmovible en su rechazo, sumiéndolo en la amargura y desesperación.

—¿No querés tomar un mate, Marcelo?

Su madre tuvo que repetirle la pregunta para que pudiese entenderla.

La anciana lo observaba fijamente, como pretendiendo indagar en su espíritu. Nada sabía. Marcelo no le había revelado su ruptura con Marta para no traicionar con lágrimas su caos íntimo, su infinita desolación.

—No, mamá, no quiero nada —contestó vagamente y entró en su cuarto.

Buscó en su armario, entre mil objetos diversos, incluso cartas de Marta, una vieja pistola que perteneciera a su difunto padre y, al tomarla, el frío del metal le impresionó como un frío de muerte. Comprobó rápidamente que el cargador estaba completo. Había más proyectiles de los que necesitaba para procurarle la ansiada paz. Sostuvo el arma, tentado de llevarla a su sien, pero desistió, para no dar a su madre el tremendo desgarro de asistir a su muerte.

—¡Me mataré fuera de aquí, pero me mataré! —masculló decidido.

Guardó el arma en el bolsillo y dando tumbos se dirigió hacia la puerta.

—¿Vas a salir? —inquirió su madre, mirándolo sorprendido.

—Sí. No te preocupes por mí. Comeré afuera.

—¿Por qué no te quedás en casa? Hace un tiempo tan terrible... ¿Tenés necesidad de irte?

—Sí, mamá, sí —contestó con impaciencia.

"Está a mil kilómetros de mi angustia", pensó. La sangre le bullía en las venas y echó a andar sin rumbo fijo, obsesionado.

Seguía lloviendo intensamente, pero ni siquiera se puso el impermeable, a tal punto tenía sus ideas fijas en Marta. Al salir de su ensimismamiento, comprobó que se había encaminado subconscientemente a la Academia de inglés donde Marta tomaba su acostumbrada lección a esas horas.

Sentía imperiosa necesidad de verla. Le costaba creer que pudiera cortar definitivamente con él y mostrarse fría, indiferente, distinta.

¿No significaban nada los apasionadas besos que se dieron?... ¿Podría haber olvidado la ardorosa pasión que los uniera y las palabras de ternura que se dijeron?

Se aferraba a una débil esperanza. Marta volvería a él. ¡Tenía que volver! Al verlo, al comprobar su infinito sufrimiento, recapacitaría y buscaría la reconciliación que los aproximaría aún más, mucho más que antes.

"Y si no fuera así, me mataré", decidió. "Me mataré ante su vista, para hacerla sentir culpable de mi suicidio. O tal vez la mate primero para suicidarme después. ¡Si no quiere ser mía, no será de nadie! Pero le daré la última oportunidad. Si me rechaza, usaré la pistola", acordó en sus pensamientos en turbulenta confusión.

Los celos le acometían como perros rabiosos. "Soy pobre, sí –siguió reflexionando–. Tengo un sueldo bajo y carezco de perspectivas para el porvenir, pero ¿no es suficiente riqueza mi juventud? ¿No vale nada el amor puro, limpio, el amor que se da sin medida, con romántico fervor? ¿No vale esto mucho más que el dinero, el sucio dinero tras el cual va la gente alucinada?".

Con estos argumentos que barajaba en su mente, se detuvo junto a la academia. A los pocos instantes vio salir a varias muchachas con su cuadernillo bajo el brazo y, finalmente, divisó a Marta. Se le acercó casi embistiéndola como un toro embravecido.

—Marta, necesito hablarte... —le dijo con sofocada voz.

La miró suplicante. ¡De ella dependía su tremenda decisión de vivir a matarse! ¡Su respuesta equivaldría a una sentencia inapelable!

La muchacha lo miró furtivamente, esquivándolo con presteza.

—No tenemos nada que decirnos. ¡No me molestes más! ¡Te dije que lo nuestro terminó! ¡Adiós!

Iba continuar suplicando, sobreponiéndose a su amor propio mortificada, pero comprendió que la actitud de Marta era categórica, irrenunciable. Un acceso de ira enrojeció su semblante y metió la mano en el bolsillo donde tenía el arma. Iba a matar y a matarse en el vértigo de su despecho, pero el recuerdo de las pasadas relaciones frenó su voluntad. No, no era un asesino. No podía destruir el rostro que había besado con ternura incontables veces.

Marta se alejaba ya, presurosa, y a lo lejos vio una fugaz sombra masculina que la tomaba del brazo. No había duda posible. Marta no sería de él.

Siguió caminando, casi tambaleante, enloquecido por la ira, reprochándose su indecisión.

Anochecía. Los comercios encendían sus luces. Tenía aún su mano crispada sobre el arma, pero sintió escrúpulos en darse muerte en plena calle. Pensó en el montón de gente desconocida que se acercarían curiosamente a su cuerpo agonizante y decidió ir a un parque cercano. Allí, sentado en un banco, consumaría con más dignidad el acto suicida.

Caminó unas cuadras y cruzó la calzada que lo separaba del parque, sin reparar en el denso tránsito. Ya no veía nada. Estaba como hipnotizado, con sus nervios tensos como alambres. Súbitamente oyó unos toques frenéticos de bocina. ¡Vio

unos focos de luz intensa que lo encandilaron, sintió un golpe brutal y ya no supo más!

* * *

Al abrir los ojos en un hospital, distinguió confusamente a varias personas agrupadas junto a él. Y una visión que terminó por aclararse le reveló la presencia de su madre que lo observaba con profunda ansiedad.

—Marcelo, muchacho, hijito...

La anciana le acariciaba los cabellos.

—Mamá... Pobre mamá —atinó a decir.

—Estuviste a un paso de la muerte. Y la culpa fue tuya, Marcelo... Hubo quien te vio cruzar la calle sin mirar, pero Dios fue misericordioso. No quiso darme más dolor del que podría soportar.

—Me siento molido, mamá —dijo sonriendo forzadamente Marcelo al sentir su cuerpo entumecido.

—Estuviste casi dos días sin conocimiento. Por suerte, el médico me aseguró que pronto estarás bien.

Marcelo intentó sonreír nuevamente para disimular sus dolores físicos.

—Soy como los gatos, con siete vidas, ¿eh, mamá?

Sintió remordimiento. En su decisión suicida no tuvo en cuenta a su pobre madre, que lo quería entrañablemente, siendo que él era el único afecto de su viudez y su sostén.

Con voz tierna, la anciana le recriminó como cuando era niño:

—Grandote zonzo, ¿no sabés todavía que para cruzar una calle hay que mirar para los dos lados? ¿No te lo dije inconta-

bles veces desde que eras niño? ¿O acaso querías matarte sin que te importara nada de mí? Te encontraron un arma en el bolsillo. ¿Por qué la llevabas?

Marcelo miró a su madre a los ojos. ¿Estaría enterada de su drama íntimo? Balbuceó la primera excusa que le vino a los labios:

—Pensaba venderla para comprar unos libros. Total, era una vieja pistola. ¿Para qué podía servirme?

La anciana lo miró largamente.

—Marcelo, yo comprendía que algo te hacía sufrir, pero como te negabas a confesarme tus penas, no quise obligarte a decírmelo. Finalmente, lo supe todo. Hablé con Marta hace unas horas para informarte de tu accidente y me confesó... la verdad. Que había cortado con vos.

—¿Pero vendrá? ¿Vendrá a verme? —preguntó esperanzado.

—No, no vendrá, lo siento —le contestó con tono amargo. Y al ver reflejado en su rostro el desencanto, continuó: —La vida nos prueba, hijo. ¿Por qué tomarlo tan a lo trágico? ¿Hubieras podido matarte por un amor contrariado sin importarte nada de tu madre, dejándome sola, infinitamente sola?

Marcelo pensaba: "Estuve a punto de suicidarme y ni aun estando gravemente herido y moribundo hubiera venido a verme, a darme el último consuelo de su presencia. ¡Pero no moriré! ¡Seguiré viviendo y la olvidaré! ¡La olvidaré, sí!", se prometió, dominado por su despecho.

—Seguramente me dejó porque soy pobre, mamá. Tenía delirios de grandeza. Me hablaba siempre de la gente rica que va a Bariloche o a Europa. Y claro, con mi sueldo chico, debí parecerle poca cosa.

—Ha de ser como vos decís —convino su madre. Y luego, venciendo escrúpulos, le dijo con angustiada voz: —Marcelo, prometeme que, pase lo que pase, no harás ninguna locura, por lo que más quieras...

Sin poder contener su emoción, la anciana sollozaba. Marcelo, conmovido, le tomó una mano.

—No llores, mamá. Ya me pasó ese... torbellino. Pienso que encontraré una mujer que me quiera de verdad, por lo que soy, aunque sea pobre. Ahora sonreí, mamita, te lo pido. Sonreí.

En los labios de la anciana se dibujó una tenue sonrisa.

—Ya no lloro. ¿Ves, grandote zonzo?

* * *

Unos dos meses después, entre las múltiples informaciones de que da cuenta la crónica policial de los diarios con su constante rutina, apareció una breve y vulgar noticia: "Anoche, en un paso a nivel en el barrio de Flores, un tren embistió a Marcelo Suárez, de 27 años de edad. Testigos ocasionales afirmaron que se arrojó voluntariamente a las vías".

SEGUNDA ESQUINA PORTEÑA

BARRIO

El tiempo que corre por cualquier calle deja sus huellas. Pero solo quien vive en ella años y años capta los cambios, las mordeduras de los días en las paredes y en la gente.

Donde antes había una casa sin revocar con una higuera o naranjo que desbordaba sus ramas sobre la tapia baja, se levanta ahora una moderna y alta casa de departamentos con frente de mármol, que humilla a los vecinos pobres... Donde estaba el boliche de un almacenero que fiaba todo un mes y aún más cuando las cosas iban mal, abre sus puertas una "boutique" con ostentación de elegancias mundanas.

Entretanto, les pibes que juegan en la calle, que la llenan de bulla, van creciendo y haciéndose mozos. Y vienen otros chicos. Y los que eran viejos se hacen más viejos, desaparecen. No por sabido es menos significativo de la vida que pasa.

Hay muchas cosas que cautivaron a Carriego. Episodios pequeños, hechos simples, comunes a todos los barrios, y algunos quiero contarlos yo.

EL BOTELLERO

Las calles de barrio se van quedando vacías de pregones. Ya ralean los tradicionales gritos de los vendedores ambulantes, desalojados en parte por las gigantescas casas de departamentos con puerta permanentemente cerrada y custodia de "portero eléctrico", donde no entran pregones ni vendedores callejeros.

Desaparecen los otrora típicos carritos verduleros, empujados casi siempre a mano, por un inmigrante itálico de gruesos mostachos que vino "*per fare l'America*".

Se ha silenciado también aquella pitada nocturna y prolongada que emitían con su silbato los agentes de policía, dándonos la sensación en la medianoche de que había ángeles tutelares con uniforme y pistola velando nuestro sueño.

Los que aún sobreviven impertérritos, como llevándole la contra al progreso, son los "botelleros" que recorren las calles de barrio ofertando la compra, no solo de las botellas que les dio patronímico, sino también de todo residuo que pueda conservar un mínimo valor de transacción: camas viejas, diarios y revistas, metales y rezagos de toda especie.

Siempre habrá algo para venderle al botellero. Tras la muerte de cualquiera, quedan múltiples objetos viejos que fueron gratos al difunto, pero que son catalogados como cachivaches por los herederos y van a parar al carro del botellero, punto equidistante entre el cambalache y el tacho de basura.

Además, la vida impone un ritmo de renovación y las nuevas generaciones quieren también lo nuevo, despreciando le anticuado o pasado de moda.

El botellero merece una definición. No debe identificársele come lo hacen algunos –genérica y peyorativamente– con los "cirujas" clásicos, con los que guardan solo una ligera analogía. Las cirujas recolectaban huesos en la quema de basura, los botelleros optan por ejercer un pequeño comercio y transitan por las calles. Suelen ser hombres jóvenes sin excluir toda edad de voz potente, reveladora de salud y vigor, pese a lo cual no aceptan someterse a la disciplina de un horario de trabajo. Se me ocurre que descienden de aquellos compadres corajudos del novecientos, prontos a jugarse la vida por una baraja a por una mujer, pero no dispuestos a llenar sus manos de callos como el gringo rutinario y codicioso que menospreciaban. El progreso melló los espolones de estos gallos de pelea y trocó su actitud desafiante en la más mansa de quien va ofertando la compra de rezagos. Lo que no pudo quitarle fue su voluntad de vivir libre como el gorrión.

Y el nieto o bisnieto del guapo orillero despojado de su escenario legítimo, el arrabal propicio que le dio jerarquía de protagonista en el tango, transige en parte por imposición de los tiempos y asume una "casi actitud" de comerciante o buhonero. Tomando un carro que fue de uno de los últimos verduleros, se lanza a la calle a buscar la mercancía y –sin confesarlo– desahoga su ira interior cuando suelta con alma y vida su estertóreo pregón:

–¡Botellero! ¡Compro trapos, diarios, revistas viejas, botellas vacías, camas viejas, fierro viejo! ¡Botellero!

Lo viejo, lo desusado, es su signo y en su carro se acumulan reliquias significativas, aunque las compre por monedas. Ahí va la cama pobre y oxidada del inmigrante del novecientos diez, en donde engendró a sus hijos, soñó con un futuro de prosperidad y murió sin poder levantar cabeza ni salir del conventillo. Ahí va el viejo y herrumbrado samovar que el judío trajo a la Argentina como único recuerdo grato de aquella Rusia zarista que lo castigó con el azote del *pogrom*. Ahí van los libros y cuadernos con versos inéditos, vendidos como papel viejo y que fueron de un poeta que frecuento el Café de los Inmortales y terminó tristemente su vida sin conocer la gloria del Parnaso.

Mucho se lleva de los sueños y vanidades de la gente el botellero. En su carrindanga todo pierde solemnidad para transformarse en desecho, junto a las botellas vacías de sidra o champaña con las que se celebró el advenimiento de un nuevo año para olvidar el fenecido.

Entre el pasado y el futuro, en un "hoy" constante, se ubica el botellero, moderno Caronte de las calles porteñas que transporta en su carro, con flaco rocín, las almas de los muertos.

EL VECINO INOLVIDABLE

Todo barrio, toda calle, tiene sus personajes típicos que encarnan en su persona y en sus gestos modalidades populares. Y quiero referirme por ello a don Atilio, hombre cincuentón y soltero a quien, en mis idas y venidas, jamás vi agitarse por el cumplimiento de un horario de trabajo durante el tiempo que lo conocí.

Solía levantarse un poco tarde y asomaba a la puerta de calle con una toalla echada sobre los hombros y un rostro semidespejado. Su efigie mañanera para mí se acompañaba con esa toalla que llevaba a manera de un ponchito, indicando que iba al baño a higienizarse o hacía tiempo para que se desocupara el retrete, siempre súper solicitado en toda casa de inquilinato. Desde la puerta, don Atilio me saludaba cortésmente cuando me veía y saludaba a todos los vecinos que acertaban a pasar:

—Buenos días.

—Buenos días, don Atilio.

A los que veía de lejos, les hacía un amistoso saludo con la mano.

Poco después, el cincuentón aparecía con el mate. Mateaba largo y sin apuro casi a la vista de todo el mundo, tras lo cual salía a la calle a caminar despacito, despacito. Se detenía generalmente en la esquina para conversar con el canillita o con un vecino ocasional, seguramente de vaguedades, o se iba al

café más cercano a buscar un interlocutor con quien hilvanar un eterno comentario sobre fútbol.

Al observarlo en su ocio constante me decía un tanto irritado: "¿Pero este hombre no tiene sangre en las venas? ¿No trabaja? ¿No hace nada? ¿Cómo puede vivir en la haraganería absoluta con el aspecto tan saludable que tiene?".

Me repetí estas preguntas infinidad de veces hasta que, cierto día, se difundió en el barrio una infausta nueva. ¡Don Atilio había muerto! Su deceso ocurrió durante la noche, en su cuarto de soltero. Murió como había vivido, solo y apaciblemente. Y supe más entonces, como mucho empieza a saberse de un finado.

En sus últimos años, don Atilio no trabajaba porque era cardíaco y su vida estuvo pendiente de un hilo, un hilo muy delgado que finalmente se cortó. Y pensé con remordimiento que mis observaciones sobre él habían sido injustas.

El difunto no tenía parientes y algunos inquilinos se encargaron piadosamente del sepelio. Pero muchos, muchísimos vecinos lo acompañaron a su última morada y durante unos metros llevaron su féretro a pulso, como testimonio de amistad y de afecto. Y comprendí más: que don Atilio fue un personaje muy popular y querido en el barrio. Para todos tuvo una sonrisa, un saludo, una conversación de circunstancias que anudaba lazos de cordialidad.

A la rutina de los días, a las paredes inexpresivas de la calle, a la indiferencia o reserva que la gente guarda recelosa entre sí, don Atilio opuso algo distinto, algo cálido, amable y humano: su afectuoso interés en el prójimo.

Ahora que su imagen es solo un vago fantasma, lo comprendo mejor. Y por eso afirmo que su desaparición dejó un inmenso vacío en el barrio donde era el vecino más popular.

En las defunciones habituales que de tanto en tanto se producen, solo se manifiesta la ligera curiosidad y el chismorreo de las comadres, pero en la de don Atilio hubo una coincidencia unánime en el pesar. Y el féretro llevado a pulso confirmó su especialísima categoría de personaje.

Aunque fuera un hombre simple, tuvo en grado máximo el don de la simpatía. Le bastaba sonreír y decir con gesto bonachón:

—Buenos días, amigo. Buenos días, muchacho

Y esto que parece tan fácil, resulta en verdad muy difícil, mucho más difícil de lo que se cree.

En la eternidad donde se encuentra, don Atilio ha de estar saludando a los santos, ángeles y serafines, con su misma amable sonrisa (y quizás con una toallita también sobre sus hombros):

—Buenos días, Gabriel. Buenos días, padre Pedro. Buenos días, mamá María.

Porque solo puedo concebirlo en el cielo, entre nubes de algodón y una luminosa aureola engalanando su cabeza.

N.N.

Tras el trajín de la jornada, cercana la medianoche, retornaba yo a mi casa. La calle estaba solitaria, envuelta en ese profundo silencio que es típico en los barrios poblados de gente trabajadora que se acuesta temprano. Los árboles de profusa ramazón hacían aún más oscuro el lugar.

Amenazaba lluvia y empecé a caminar rápido. De un garaje salía un haz de luz y, más allá, unos gatos con sus pupilas brillantes como ascuas buscaban restos de comida en los tachos de basura. Solo escuchaba el ruido de mis propios pasos. Ni siquiera el grito lejano de un diariero soltando un rezagado pregón de la sexta... o el silbido de un muchacho que salía del café.

De pronto, en el profundo silencio nocturno, desde un portal, llegó a mis oídos algo así como un débil lamento, semejante a un maullido.

"Será un gato", pensé, un gato que emite su reclamo amoroso. Solo hay gatos en la medianoche, en las calles de barrio. Di otros pasos, pero al escuchar repetidamente el mismo gemido, me detuve y una tremenda sospecha se infiltró en mi sangre, que sentí helarse en mis venas. "¡No! ¡No puede ser! ¡Es un gato...debe ser un gato! ¡Solo hay gatos a esta hora de la noche!", me dije espantado.

Decidido a salir de mis dudas, me acerqué al portal y, escrutando dificultosamente en la penumbra, divisé una caja

de zapatos. ¡Y dentro de ella, no había un gato, sino una tierna criatura que emitía sus vagidos!

¡Quedé estupefacto! ¡Y tan impresionado que ni siquiera atiné a levantar al recién nacido! Por fortuna, una mujer acompañada de varios niños acertó a pasar por el lugar y la abordé emocionado:

—¡Mire, señora! Han abandonado a una criatura en este portal.

Jamás me había encontrado en un trance semejante y me sentía confuso. La mujer, en cambio, cediendo espontáneamente a su naturaleza maternal, tomó en sus brazos el envoltorio. El niño era morochito, de facciones aindiadas y parecía de buena salud. Una palabra dulce y cálida asomó en los labios de la mujer:

—Avisaremos a la gente de esta casa, ¿no le parece? —le dije creyendo que correspondía hacerlo.

Toqué el timbre y a los instantes salió una anciana. Le expliqué lo ocurrido mostrándole a la criatura que sostenía la mujer. Esta, reflejando su convicción religiosa, le sugirió a la anciana:

—¡Se lo manda Dios, señora! ¿Por qué no se queda con el chico?

La anciana sonrió escépticamente:

—¿A mi edad, ponerme a criar un bebé? Ya tengo nietos y muy crecidos, y bien ocupada que estoy todo el día, atendiendo a mi marido paralítico. ¿Por qué no se queda usted con él, que es joven?

—Oh...Yo tengo cuatro hijos y un quinto por venir. ¿No le parece bastante?

En verdad, no es fácil ubicar a un ser abandonado. Pero la buena mujer que, creyendo interpretar signos divinos, afirmó: "Se lo manda Dios", hubiera podido equipararse con el ángel Gabriel de los Evangelios, que llevó a María la noticia de su próxima maternidad sin contacto con varón y por virtud del Altísimo. Pero, para la mujer que lo había abandonado en un portal de barrio, la criatura le había sido enviada por el diablo.

El hecho se repite con harta frecuencia. Una provinciana de tez oscura que vino a la ciudad atraída por el imán de sus tentaciones se niega a admitir al hijo engendrado por puro sexo, porque le resulta una carga imposible de sobrellevar, un molesto tributo a su exaltación amorosa que le dificultaría cumplir sus modestas funciones de criada, su único medio para ganarse a vida. Sus patrones, que observaron con disgusto su embarazo, le imponen tácitamente la consigna del aborto o la despiden, simple y llanamente.

¿Qué hace entonces esa provinciana semianalfabeta en una ciudad inmensa e indiferente que no conoce bien, que la asusta, que la condena sin juzgarla, que la desprecia?

La ciudad tiene leyes rígidas, costumbres estrictas, puertas herméticas, prejuicios arraigados, gente adusta de mirada acusadora y palabra dura, y ella es joven y en su sangre arden incontenidas ansiedades que nunca le enseñaron a dominar.

Trabaja duramente toda la semana, limpiando, fregando, barriendo sometida a los caprichos de la patrona y de cuantos le imponen órdenes. Y en el baile adonde concurre en su día franco, la solicitan, la requiebran, la siguen, la enardecen...

Vive sola en la gran ciudad y le faltan frenos a sus instintos, le falta experiencia, ¿pero –a veces reflexiona para justificarse– su propia madre no se acopló libremente, como los pája-

ros, en su lejano pueblo campesino? ¿Acaso conoció ella a su padre?

No sabe ni quiere resistir el asedio del varón. Nadie le enseñó a contener los ímpetus que brotan de su carne joven y se entrega plenamente. Y luego viene el "intruso", el ser no querido, el "fruto del pecado", como lo describían los novelistas melodramáticos de los antiguos folletines con tono condenatorio.

En su terruño, el hijo hubiera sido un cachorro guacho como tantos, como aquellos que dieron origen al arquetipo del gaucho. En la ciudad es una culpa, un estorbo, un fardo demasiado agobiante para una simple mujer que debe trabajar de sirvienta. Entonces, decide desprenderse del crío. Hay quien lo estrangula en un rapto de desesperación, creyendo tener derecho a quitar la vida que da. Y hay quien opta por abandonarlo de noche, en un portal de barrio.

Fui a la comisaría y di parte del hallazgo, y pronto un agente se hizo cargo de la criatura que sería remitida a la Casa Cuna, llena de hijos que se rechazaron. Un hecho más entre muchos idénticos, y otro niño que quizás crezca, íntimamente resentido contra la sociedad que le negó el derecho a nacer en un hogar tutelado por padres afectuosos. Y al cumplimentar los formularios en que se exigen los nombres de los padres, se verá obligado a escribir, sofocando de vergüenza: "N.N.".

Para su consuelo, para que no se sienta desdichado ni olvidado, me gustaría que supiera que una buena mujer de barrio, al tomarlo en sus brazos con la caja de zapatos que era su cuna, dijo con afecto y fe, al igual que el ángel Gabriel: "Lo mandó Dios".

ROMEO Y JULIETA DE BARRIO

El odio más intenso y sórdido, como aquel que se incrustó en mi corazón de los Montesco y Capuleto, puede también cultivarse como una planta venenosa en una apacible calle de barrio.

Yo comprobé uno de estos odios "a muerte" entre dos familias vecinas, por una razón muy respetable y legítima: el choque de intereses, la misma razón que impulsó a los pueblos a luchar entre sí, desde que el mundo es mundo, pasando por Hiroshima. Porque estos Montesco y Capuleto *all'uso nostro* tienen sus comercios similares, apenas separados por unos pocos, poquísimos metros. Los dos venden juguetes, cigarrillos y billetes de lotería. Los dos despachan bebidas gaseosas y los dos se disputan tenazmente, sin claudicaciones, la clientela del barrio.

En cuanto un "Montesco" puso un cartel anunciando la venta de golosinas, el competidor se apresuró a ubicar otro de mayores proporciones con el mismo anuncio. Entonces, el primero cambió su pequeño letrero por otro más grande y luminoso, y el competidor... Para qué seguir. La guerra implacable continúa y continuará.

Ambos vecinos se imponen una permanente vigilia para no ceder posiciones en esa batalla de cada día y de cada hora.

En un principio, estos comerciantes se trataron amablemente, como buenos colegas, e intercambiaban opiniones

sobre temas afines a sus intereses. Pero finalmente, la dura lex de la competencia los volvió hostiles. Empezaron a mirarse con frialdad, después a esquivarse el saludo, hasta que el odio los transformó en enemigos acérrimos e irreconciliables que se deseaban mutuamente las peores calamidades. Del mismo modo, se odiaban recíprocamente las mujeres y otros componentes de esas dos familias.

Así se deslizaban los días para estos Montesco y Capuleto, condenados a vivir cerca, pero separados por abismos de turbulento encono, en la pugna por la supervivencia. Y así la célebre leyenda que fuera inmortalizada por la pluma de Shakespeare, tuvo otra versión en una tranquila calle porteña. Porque en el marco de una tradicional enemistad, floreció el amor de un nuevo Romeo y una nueva Julieta. Solo que estos otros enamorados, a diferencia de aquellos de Verona, prefirieron amarse a plena luz del día y sin ocultamientos.

Apenas se asomaban en la puerta de calle, se miraban profundamente. Y pasando por encima de las vallas de prejuicios y separatismos, hacían lo que hacen, sin mayor aspaviento, todos los perros –porque de perros se trata– atendiían al potente reclamo de la naturaleza. Inútilmente los amos se lo recriminaban, intentando oponerse a tales relaciones:

—¡Bobby, dejá esa perra!

—¡Marión, a cucha!

Los dos animalitos no oían sino el llamado de la pasión y conjugaban espontáneamente el sublime verbo del amor ante la maliciosa sonrisa de chiquillos y adultos.

Los vecinos rivales, impotentes, trémulos, expresaban su disgusto profiriendo amenazas contra sus respectivos canes,

por ese idilio no deseado que, de algún modo, los "emparentaba" con lazos perrunos.

Ironías... Los perros ponían la nota amorosa, realmente "humana", allí donde sus amos se empecinaban en atizar un odio que les confería animalesca fiereza.

TERCERA ESQUINA PORTEÑA

TIPOS HUMANOS

Cualquier semejanza de los tipos humanos aquí trazados, con personas reales, no es simple coincidencia. Lo que tampoco significa que sean un calco preciso y fotográfico de seres que existen o han existido. La gente nunca es exactamente como la suponemos, aunque las conozcamos de toda la vida. La sustancia humana rebasa los límites de cualquier casillero en que pretendamos –pedantemente– sujetarla.

La experiencia de vivir y envejecer nos permite penetrar más profundamente en el espíritu de las personas, lo que no es, por cierto, una ventaja, porque íntimamente nos quedará –aunque no lo confesemos– un resultado desalentador ante la confrontación del hombre amasado con el sucio barro de la realidad y el que configura una imagen ideal: el superhombre soñado, ya sea por Cristo o por Nietzsche.

Cada "tipo humano" (y hay algo inevitablemente peyorativo en esta expresión porque parece transformar a un hombre en un autómata) nos depara un ángulo para avizorar el vasto panorama de la comunidad. Los individuos mezquinos, egoístas, avaros, recelosos, hipócritas, los incapaces de un gesto de nobleza, los que sacan partido de nuestras debilidades, ignorancias o errores, nos impondrán una perspectiva sombría del mundo. Otros –quizás los menos– aportan un sentido estimulante; levantan el ánimo, inyectan optimismo, nos inducen a no desesperar en los momentos más aciagos, iluminan nues-

tro camino con buenos y sinceros consejos. Son los que tienen el corazón generoso, rebosante de fe, de ideales.

Pero no hay seres químicamente puros, ni la humanidad se divide en buenos y malos, como la narra en su cuento, la cariñosa mamá para hacer dormir a su pequeño y borrar de su mente toda zozobra.

Los elementos negativos y positivos se combinan en cada ejemplar humano, aunque se manifiesten rasgos predominantes. Se puede ser un cínico estafador y un padre amantísimo. Se puede ser un asesino despiadado y sádico y mimar dulcemente a un perro.

Los hombres y mujeres que dejan su impronta en nuestra sensibilidad definen los contornos de un mapa especialísimo en cuyo centro geográfico nos ubicamos. Más allá de estas fronteras, se aglutina la multitud amorfa, se difuminan los rostros y las almas de los millones y millones de seres que forman el inmenso océano humano.

De entre los caracteres que he conocido con esencia de ciudad, elegí algunos. Y aunque hubiera podido precisar otros más gratos o más amables, pienso que estos son los más sugerentes.

EL PACHORRIENTO

Se llamaba Sánchez, y me quedó en la memoria como un prototipo del pachorriento. A todo sabía responder: "Tranquilo, viejo, tranquilo... ¿Para qué te vas a hacer mala sangre, si igual te espera el cajón?".

En la empresa donde trabajábamos, nunca pasó de ordenanza, pero se sabía ganar la estima de todos, precisamente por su apariencia de humildad, de bonhomía. Recuerdo que había otro ordenanza, opuesto a Sánchez como la luz a la sombra. Aquel tenía actitudes detonantes, gestos de hombre que quiere darse importancia. Con gusto hubiera llevado uniforme de almirante, como algunos porteros de hoteles de lujo. A Sánchez, en cambio, le hubiera dado lo mismo el de un presidiario, porque la vida solo fue eso para él: una prisión. Y los demás, ¡carceleros! En verdad, su habitual estado de ánimo correspondía al de un preso a perpetuidad o sentenciado a muerte, porque lo sobrellevaba todo con una suave y mínima sonrisa, como diciendo resignado: "Y bueno, ¿qué le voy a hacer? ¡Estoy frito en la parrilla!".

Solía encontrarlo en mis idas y venidas y le preguntaba cordialmente, a guisa de saludo:

—¿Cómo te va, viejo Sánchez?

Sonreía melancólicamente y me decía:

—¡Mal! Me aumentaron el horario de trabajo, pero del sueldo... ¡ni mus!

Y se despachaba contra "los de arriba", que lo explotaban.

Pasó un tiempo y supe que se había casado.

—¡Hola, Sánchez! Al fin entraste "en vereda" vos también, ¿eh?

Balbuceó una excusa irónica:

—Y bueno, de algo hay que morir... -y agregó: —¿Sabés? Lo fui a ver al patrón para "llorarle la carta" Le dije: "Me casé, señor y lo que gano no me alcanza para mantener a mi mujer".

—¿Y te aumentó?

—¡Qué va a aumentar, ese... hijo de su madre!

Y siguieron algunos improperios. Luego agregó sin ira, con tono de estoica mansedumbre:

—Y bueno, che... La vida es así.

"La vida es así". Él debía arrastrar su existencia como el buey lleva su yugo. De modo fatalista, Sánchez esperaba lo peor de su destino y no era cuestión de rebelarse porque nada conseguiría.

Algo fallaba en su voluntad, algún resorte anímico debía estar flojo en él, porque ni aún casado salió, ni intentó salir de ordenanza, de simple peón en el tablero de ajedrez de la lucha por la vida. Después, dejé de verlo, y por un largo tiempo solo tuve vagas noticias de su persona, hasta que alguien me informó:

—¡Cómo! ¿No sabes lo que le pasó a Sánchez?

—Supe que se casó, que tuvo uno o dos hijos. ¿Cómo anda?

—¡Pero si murió!

—¿Murió? ¡No puede ser! Si no tendría cuarenta años. ¿Qué digo? ¡Treinta y cinco apenas!

Miré sorprendido a mi interlocutor, acusando profundamente el impacto de la noticia imprevista:

—¡Pobre Sánchez! ¿Quién iba a decirlo? ¿Cómo murió?

—¡Lo mató el tren! A lo peor, en una de esas... Vos sabes que de tanto en tanto le gustaba empinar el codo.

Fue todo lo que sabían de él. Que lo mató el tren. Lo sentí profundamente porque se había conquistado mi simpatía.

Seguramente –pensé yo– de puro pachorriento nomás, de gusto de no apurarse, ni aun viendo que se le venía el monstruo encima. Este Sánchez fue siempre así: tranquilo, tranquilo...

EL CHUPAMEDIAS

Las múltiples especies animales, para afirmar su derecho a la vida, se ven arrastradas a una lucha tenaz e irrenunciable. Deben actuar constantemente de modo agresivo a defensivo. El tigre o el lobo, con su hambre perpetua royéndole las entrañas, gasta en buscar su presa el caudal de sus energías. Y el animal, cuya existencia depende exclusivamente de sus medios de defensa, se adiestra en huir, esconderse o mimetizarse.

El mimetismo, en sí, es una mentira, un engaño en el que colabora la naturaleza y –salvo pocas excepciones– un recurso de les débiles. Le permite a un insecto indefenso semejarse a una hoja para escapar de la voracidad de sus enemigos. Y la mariposa, que despliega sus alas con dos ojos dibujados en ellas, finge un rostro de pájaro grande que asusta y espanta a sus perseguidores. Pero en al ser humano que solo tiene como enemigos a sus semejantes –*homo homini lupus*–, el mimetismo es un recurso deleznable, revelador de pobreza moral, un recurso de gente incapaz de la rebeldía viril que consiste en "mostrarse entero", tal como se es y se piensa, para defender valientemente una verdad, sustentar un ideal o reclamar un justo derecho.

Conocí a un "tipo mimético", por así decirlo, que llamaré con el remanido nombre Juan Pérez, y que me perdonen los infinitos homónimos. El de mi ejemplo tenía el especialísimo

don de trepar y medrar con éxito, en funciones de testaferro u hombre indispensable del ricachón don Pedro Linares, que le otorgaba su confianza y su apoyo, pero el magnate de tanto en tanto se cansaba –o se asqueaba de él– y por cualquier error que cometiera –y los cometía con frecuencia porque era inepto– lo vapuleaba con los más tremendos denuestos que arrojaba a su rostro como escupitajos, amén de amenazarlo con el despido.

Cualquier otro, que no aceptase vivir de rodillas, hubiera sentido hervir su sangre ante una afronta a su dignidad, pero no Pérez, hábil en mimetizarse. Pérez apechugaba la que fuera con tal de perdurar y para ello practicaba el antiguo arte de la adulonería, hasta alcanzar el especialísimo rango de "chupamedias", como se dice en la jerga popular, con tono sucio y repulsivo, pero de sugerente y máximo desprecio cuando se aplica.

Juan Pérez se aguantaba el chubasco de insultos y ofensas de su patrón y por única reacción palidecía un poco. Y asumiendo una actitud de perro faldero (que en este animalito es siempre noble), solo se permitía replicar con palabras trémulas:

—Don Pedro, debe perdonarme. Le aseguro que tiene en mí a un hombre leal y de confianza absoluta. ¡Sería capaz de hacerme matar por usted...!

Suplicaba piedad con lágrimas en los ojos, sumisamente, y entonces don Pedro aflojaba. Un poco o bastante, porque le gustaba ver prosternado al otro, hecho una basura y haciéndole sentirse, en contraste, un Dios Omnipotente. Y otro poco, también, porque la innoble y llorosa farsa de Pérez que le aseguraba su incondicional fidelidad halagaba su vanidad de

poderoso, al punto de que, con gesto magnánimo, le daba a entender que lo dejaba continuar a su lado. Y, para mayor generosidad, le aumentaba el sueldo.

Triunfaba así el "chupamedias" porque se mantenía en sus funciones, aferrándose con uñas y dientes y trepando escalón tras escalón, siempre como "hombre de confianza".

Esto lo enorgullecía. Lo que a otros hubiera avergonzado, a él le confería importancia. Era "el hombre de confianza" y lo repetía a quien quisiera oírlo como un blasón. Lo que en verdad implicaba tal confianza no tenía nada que ver con la lealtad, porque cuando podía robarle a su patrón lo hacía. Su conducta resultaba lógica porque todo "chupamedias" es solo un comediante.

El magnate le reservaba además la antipática misión de poner "cara de perro" a los de abajo. Y Pérez, muy a gusto, reprochaba severamente al empleado que se atrasaba unos minutos, lo vigilaba para que no se distrajera ni conversara durante las horas de trabajo y se encargaba de todo lo que significase "apretarle las clavijas" al subordinado. Así se desquitaba de su sometimiento servil al magnate, revelando un despotismo que era correspondido por el odio intenso y las maldiciones de todo el personal, lo que, por cierto, más parecía complacerle que preocuparle.

En su actuación de "chupamedias", Juan Pérez no dejaba pasar el santo o cumpleaños del patrón sin hacerle un regalito, ya sea un cigarro o una lapicera. Y a la esposa de Linares le remitía infaltablemente en alguna fecha significativa un costoso ramo de flores o una orquídea. Cuanto más lo vapuleaba el otro, más obsequioso se mostraba su "alter ego", lo que equivalía a besar la mano que lo castigaba. El magnate, entonces,

"desarmado", interpretaba el gesto como una prueba de devoción exquisita, rayana en lo sublime. ¡Y Pérez seguía firme en su puesto! Este, por su parte, conseguía afrontar holgadamente sus gastos porque era el único de la empresa que ascendía y acrecentaba su sueldo.

En suma, Pérez conseguía reptar y progresar sin el "lastre" que cargan aquellos que son incapaces de hacer nada, en pugna con su dignidad.

El tipo humano –vilmente humano– del "chupamedias" se repite en el curso de la historia. Los grandes señores, príncipes y jerarcas del pasado solían tener en su corte a un ser repulsivo semejante, en quien desahogaban su ira y malhumor y que despreciaban profundamente, pero que utilizaban en los asuntos más importantes, difíciles y confidenciales que convenía a su despotismo, incluso asesinar a sus enemigos.

El "chupamedias" de hoy, digno heredero de sus antecesores, solo asesina su propia conciencia, pero también triunfa, sube, escala posiciones en todos los planos donde actúa, mientras otros, más capaces, más dignos, más limpios, vegetan.

De aquí cabría desprender una "inmoraleja", que preferimos omitir por razones de higiene mental.

EL "DOCTOR"

¿Era doctor Enrique Maguncia? ¿No era doctor, como afirmaba serlo con gran empaque? Fue siempre un misterio para mí. Pero se hacía llamar doctor. Y aunque muchos afirmaban que carecía de tal título, él nunca dejó de nombrarse de otra manera que con el enfático furgón de "doctor". Y ostentaba la suficiencia de tal. Caminaba, reía, hablaba y hasta respiraba "en doctor". Doctor de no sé qué, pero doctor.

Si representaba una comedia, no lo supe entonces ni lo sabré jamás, pero me costó muchos años descorrer parte del velo que cubría su compleja idiosincrasia. Era casado, con hijos, y le gustaban las polleras. Se sabía buen mozo y tenía ínfulas de tenorio. Cierta vez, en la oficina donde ambos trabajábamos lo visitó una mujer de gran belleza que me presentó:

—Mi señora...

Encontró realmente la palabra justa porque no era su mujer legítima, sino "la otra". No le había dado pues el nombre de esposa que solo sanciona la ley. En cambio, "señora" da cierta categoría de legitimidad, aunque no equivalga exactamente a esposa. Más tarde, sin testigos, me otorgó su confidencia:

—La mujer que le presenté es el verdadero amor de mi vida. Y agregó desdeñoso: —Mi esposa legítima solo fue un accidente, el producto de una juventud extrema e irreflexiva. Algún día formalizaré esta segunda unión.

Y soltó un montón de palabras para traducirme su pasión por esa segunda mujer con la que tenía un hijo idéntico a él, como una gota de agua con otra gota.

El doctor Maguncia se complicaba la vida... ¡y cómo! Las noches y los fines de semana, los pasaba con su mujer legítima, a la que despreciaba, pero cuya dote usufructuaba sin escrúpulos. Desayunaba con la primera esposa, almorzaba con la segunda y al término de sus ocupaciones volvía a su casa donde cenaba con la primera. Según él, la mujer legítima ignoraba todo lo relativo a ese segundo hogar y Maguncia utilizaba todos los recursos de su ingenio para encubrir su amorío.

Me pareció entonces que el conflicto debería resolverse con su ruptura matrimonial para legalizar de alguna manera esa segunda unión suya que era "el grande, el único, el definitivo amor de su existencia", como me afirmó vehemente. Pero la verdad es que hay gente que se miente a sí misma o que actúa como protagonista de una farsa sin comprender dónde termina la mentira y dónde comienza la verdad.

Mi relato me impone una pausa. Debo dejar que se precipite el tiempo que, como un viento impetuoso dispersa a quienes alguna vez ha reunido. Sin embargo, recordando a Maguncia, el viejo enigma revoloteaba en mi mente. ¿Será doctor? ¿Habrá podido mantener sus dos hogares repartiéndose como un Frégoli en sus papeles de marido disgustado y de amante afectuoso? Había en todo ello un suspenso que ansiaba resolver.

Muy de tanto en tanto nos cruzábamos en la calle. Yo me hubiera detenido a conversar con él, a intercambiar impresiones sobre al pasado, pero el doctor Maguncia no me hacía el ademán cordial de detenerse.

—¡Adiós, doctor Maguncia!

—Adiós, amigo. Discúlpeme, pero ando apurado.

Y se alejaba con paso ágil, siempre en gran señor, con auténtica pose de doctor. Esta poca disposición suya a consolidar nuestra antigua amistad fue enfriando mi simpatía. Pero cierta vez, al encontrarnos casualmente en un bar, lo abordé decidido a saberlo todo.

—¡Hola, doctor Maguncia! ¿Cómo está?

Y sin mucho preámbulo, resuelto a darle punto final al suspenso, le dije:

—Doctor, le confesaré que estoy intrigado con su persona. Y me atrevo a hablarle de un tema privado, por la confianza que le he merecido. Usted me presentó hace años a la verdadera mujer de su vida... ya sabe a quién me refiero.

—¿La mujer de mi vida? ¿Esa maldita?

Me sorprendió su tono, tremendamente despectivo e insultante.

—¿No tiene más relaciones con ella?

—¿Con esa mujer? ¡No, por Dios! Tengo mi hogar legítimo... y mis hijos, también legítimos.

—Pero, ¿y su otro hijo? Me dijeron que se parece a usted como...

Y agregué lo de la gota de agua. Es lo que pasa, la gran ironía de la naturaleza, que los hijos ilegítimos, estén denunciando a sus padres con un parecido mayor que los anotados en la libreta de matrimonio con todas las de la ley.

El doctor Maguncia adoptó nuevamente un gesto desdeñoso:

—¡Bah! "Eso" no es, no puede ser mi hijo, sino un... "accidente" El fruto de una aventura en mi juventud irreflexiva.

Era lo mismo que había dicho años atrás para calificar a su auténtica esposa.

—Pero, ¿llegó a saber su mujer, la legitima, de sus relaciones con la otra? —insistí como una chismosa comadre de barrio.

-No. ¡Dios me libre! ¡Nunca lo supo ni lo sabrá! Por eso sigo visitando a esa "tipa", porque me amenazó con el escándalo si la dejo. Y para evitarlo, me veo obligado a seguir viéndola con frecuencia y llevarle regalitos, ¡cuando con gusto le daría veneno! —terminó con un tono de odio vibrando en la voz.

En resumidas cuentas, seguía preso de su vida complicada, pero ahora su segunda mujer había dejado de ser "el gran amor de su vida" y le había devuelto toda la jerarquía a su primer hogar. El segundo y clandestino solo constituía una amenaza, una sombra acusadora de su propia conciencia.

Siempre la complicación, el fraude a los demás y a sí mismo. Para mí, el doctor Maguncia, aunque ostente el título de doctor, ha perdido ahora el otro que otorga la vida a los hombres capaces de reconocer que un hijo es un hijo, figure o no en la libreta matrimonial.

SU MAJESTAD, EL TRIUNFADOR

Triunfar no es cosa fácil. Empezar desde abajo, como cualquier hijo de vecino, y encumbrarse sobre el común de la gente exige una serie de aptitudes que no se da en todos.

Pero hay triunfadores y triunfadores. No quiero referirme al político que llega a líder o a presidente, impulsado por su patriotismo o su demagogia, ni al campeón de box a quien la naturaleza superdotó físicamente para voltear muñecos en el ring; tampoco al galán de cine de postura apolínea, ni al escritor "premio Nobel", ni al astronauta audaz.

El triunfador arquetípico de nuestra época y, en modo particular en el agitado mundo de los negocios, es el que los ingleses definen como *self made man*, por lo general ilustrado o con la cultura mínima que necesita aplicar, pero dinámico, emprendedor, osado, pronto a arriesgarlo todo si tiene la perspectiva de una buena ganancia, por lo que es, fundamentalmente, un jugador.

La gente suele señalarlo con admiración y respeto, pese a que de su personalidad no trasciende ningún estímulo moral, porque solo busca codiciosamente el dinero y sigue al pie de la letra el clásico consejo de aquel comerciante inescrupuloso que recomendaba a sus hijos: "Haz dinero, muchacho, honradamente si puedes. Si no puedes, haz dinero".

Conocí a uno de estos semidioses modernos con la pasta del auténtico napoleón de los negocios. Eduardo Galván –por

así llamarlo– era un hombre corpulento que caminaba y hablaba rápido, y se desplazaba con extraordinario éxito en el mundo de la publicidad radial.

Este tipo de negocio tenía, años atrás, antes de que la televisión entrase a disputar la audiencia a la radiofonía, una proyección muy propia que, en parte, aún conserva. Porque vender publicidad radial no es vender algo concreto y bien determinado cuyo rendimiento puede verificarse plenamente. Venderle entonces publicidad radial a un comerciante chico, que soñaba convertirse en magnate, era como venderle ilusión, venderle un billete de lotería y asegurarle que en ese número acertaría infaliblemente la grande.

Eduardo Galván se especializó en la venta al por mayor de estas ilusiones. Se entrevistaba con su potencial cliente trayéndole propuestas de artistas exclusivos a los que adjudicaba una fama internacional, pero su mayor recurso de convicción fluía de sus palabras vehementes y del tono impetuoso y sugerente de su prédica:

—Le traigo la mejor oferta de propaganda para sus negocios, mi amigo —le decía—. Un programa extraordinario con una tracción de primerísimo plano. Aquí tiene las fotografías de la cantante: ¡la última sensación en México! Le conviene cerrar el trato ahora mismo porque hay otros interesados. ¡Fulano, a quien vendí publicidad radial el año pasado, triplicó sus ventas en un mes!

Su interlocutor quedaba impresionado por el despliegue de su artillería verbal y por las seguridades que le daba de acrecentar en breve plazo el volumen de sus negocios. Y, muy especialmente, por la euforia que trascendía de su persona.

Galván sabía hacerse amigo de sus clientes; los invitaba a almorzar, los llevaba a un *night club* y pagaba la consumición, y hasta les insinuaba la posibilidad de alguna aventurita extraconyugal con una cantante o actriz dispuesta a otorgar sus favores si recibía el espaldarazo del anunciante. Así, al menos, procedía Eduardo Galván, tendiendo hábilmente sus redes para atrapar el codiciado pez.

Su culto a la sensualidad se complementaba con su pasión por el juego. Integraba partidas de póker que se prolongaban hasta altas horas de la noche, lo único que en su edad madura conseguía aún hacer vibrar sus fibras íntimas. Por lo demás, era apático e informal. Prometía mucho y solo cumplía lo que le convenía cumplir.

Junto a su amante de turno, olvidaba a su esposa, pero le preocupa su hijo –su único hijo– al que quería con profunda ternura. En su acopio de vicios e infidelidades, su cariño paternal fue lo único auténticamente puro que quedaba en su moralmente corrompido ser.

Cierta vez, con unas copas de whisky en el cuerpo que tuvieron la virtud de aflojar su lengua, me hizo el honor de su confidencia, como quien da a conocer su filosofía a su testamento.

—Mira, che —dijo con tono un tanto compasivo—, a la gente hay que macanearle, prometerle cualquier cosa. Lo importante es conseguir lo que uno quiere. Cuando te digan que no, no te resignés. Tratá de meter, aunque sea, la puntita del pie. ¿Qué digo de un pie? La uña del pie. Después, vas metiendo poco a poco todo el cuerpo. ¿Te das cuenta? Así me meto yo en mis negocios.

Apuró de un sorbo el resto de su vaso de whisky y prosiguió:

—Buscá siempre la guita, haceme caso. Si la tenés, te respetarán. Serás un personaje, sino no pasarás de infeliz toda tu vida, aunque seas buena persona. Pero ser buena persona no ayuda en nada, che. Nadie te llevará el apunte por ello. Es preferible ser sinvergüenza y cretino, y tener los bolsillos "bien forrados", que muy honrado y con cara de muerto de hambre. Haceme caso, muchacho, y vas a levantar cabeza como yo. En este mundo se venera al que tiene plata. A los demás, nadie los quiere o los compadece, que es peor. Mi propia mujer me perdona y acepta mis calaveradas. ¿Sabés por qué? Porque le doy buena vida. Tiene tres tapados de piel, auto, un piso en el Barrio Norte y dos sirvientas. ¿Qué más puede querer de mí? ¿Que le sea fiel? ¡Por supuesto que no! Y me hace la vista gorda. Y en cuanto a mi amante... Vos la conocés, ¿verdad? Es toda una hembra que me vuelve loco con su *savoir faire*. ¿Se dice así, che? Rio estrepitosamente mientras agitaba su voluminoso abdomen. Tampoco le hago faltar nada a ella —y añadió con un guiño picaresco: —Ni ella a mí.

Acicateado por la fiebre del lucro, Galván corría sin cesar en procura de más clientes, comiendo con ellos en los mejores restaurantes y bebiendo los más caros whiskies. En el mundo de sus negocios, donde dominaba como un emperador y yo era un simple galeote, se hablaba de él con admiración, lo que significaba que se envidiaban sus triunfos e incluso sus aventuras galantes. No importaba –a muchos, por lo menos– que careciera de afanes que ennoblecen y engrandecen la personalidad. Lo que valía era su habilidad de ganar dinero, y la filosofía bastante cínica de que me hizo gala parecía darle la razón, pero... Hay un "pero" en la trayectoria de este moderno

tipo de triunfador, que sirve para probar que su filosofía adolece de fallas.

Con los años, Jorge, su hijo, ya hombre, pretendió seguir las huellas paternas. Contrajo matrimonio muy joven y se incorporó al mundo febril de sus negocios. Adquirió las mismas "aficiones" de su progenitor: jugar al póker, apostar en los casinos y correr tras las vedettes. Se repetían en él la sensualidad, la avidez de goce y la codicia extrema.

Las nuevas generaciones intentan sobrepasar a las anteriores y el muchacho, acrecentando sus vicios, no reparó en medios para satisfacerlos. Necesitaba dinero, mucho dinero y, metido en una encrucijada, falsificó un cheque de su padre. Imitaba su firma de un modo tan perfecto como su conducta.

Descubierta su falta y tras el consiguiente disgusto, Galván perdonó a su hijo, exigiéndole compostura (pero "Haz lo que digo, no lo que hago.").

Meses después, su unigénito volvía a las andadas. El juego, como un demonio, se había apoderado de su alma. Tenía importantes deudas y necesitaba más dinero para seguir jugando y resarcirse. Luego de haber vendido las joyas de su esposa y consumidos todos sus recursos posibles –amén de haber dilapidado los reiterados préstamos de su padre hasta que este se negó a darle más dinero– solo le restaba el atajo del robo y el renovado expediente de imitar la firma paterna con otro cheque. Y reincidió, de acuerdo con un plan que se trazó: fugarse a Mar del Plata un fin de semana y apostar el dinero mal habido en la ruleta. Ganaría, estaba seguro de que su suerte cambiaría siguiendo una cábala que le parecía infalible. Repondría entonces el dinero sustraído y tendría el suficiente

para continuar con su vida disipada. Pensaba realizarlo todo entre un sábado y un domingo, para volver el lunes temprano.

Dio un pretexto cualquiera a su mujer, tomó su automóvil y escapó con una billetera voluminosa, repleta de miles, de cientos de miles. Lo demás ocurrió vertiginosamente, tal como ya vivía.

Llegó a Mar del Plata y, sin perder tiempo, fue al casino, donde se sumó a la multitud obsesionada por la bolilla saltarina. Se pasó horas y horas, fumando nerviosamente y apostando, apostando.

Primero empleó su cábala. Después, olvidó toda clase de sistemas para apostar y siguió sin plan, atropelladamente, enloquecido por su ansiedad de ganar. ¡Y lo perdió todo!¡Absolutamente todo! Incluso el dinero que le dieron por su reloj y por su automóvil, cedidos a unos prestamistas que, como vampiros voraces, rondan en torno de los jugadores para succionarles la sangre.

Cuando el rastrillo se llevó sus últimas fichas, se alejó de la mesa de juego con pasos vacilantes. Se miró en uno de los espejos del salón y apenas reconoció su propia imagen. Estaba pálido, con los cabellos en desorden y los labios temblorosos. Contempló a la concurrencia del casino con ojos vidriosos. A nadie parecía importarle su tragedia interior. Pensó que, si se ponía a gritar de pronto, desesperadamente, "¡Lo perdí todo! ¡No me queda otro recurso que matarme!", ninguno habría dado vuelta la cabeza para observarlo compasivamente o lo hubieran hecho con desprecio.

Las voces de los croupiers seguían repitiendo con el mismo tono fatigado: "No va más". Todo parecía igual, sin mutaciones,

pero para Jorge su vida había cambiado fundamentalmente. Se sintió un árbol desgajado, abatido, con las raíces quebradas.

Salió a la calle. Una fresca brisa proveniente del mar acarició su frente ardorosa. Se dirigió a su hotel caminando como un autómata. Atravesó una amplia avenida llena de automóviles de tránsito veloz y se salvó milagrosamente de ser atropellado, pero no se percató de ello. Estaba como ciego. Obsesivamente, la bolilla de la ruleta continuaba girando en su mente.

Números, números... colores, colores... fichas, fichas... Llevaba un torbellino en su cerebro. Alucinado, creyó escuchar los tremendos reproches de su padre y las carcajadas de sus amantes que se reían de su angustia.

Se encerró en su habitación del hotel, preso de una profunda amargura. Echado sobre la cama, permaneció un tiempo indefinible sin poder cerrar los ojos hasta que empezó amanecer. La decisión que estaba en el fondo de sus pensamientos terminó por aflorar y decidirlo. ¡Había quemado sus naves! No le quedaba otra disyuntiva. No tenía coraje para presentarse ante su familia y confesar le ocurrido. Era un ladrón, un cínico, un sinvergüenza de la peor especie. Había burlado nuevamente la confianza de su padre, la confianza de todos. No le quedaba otra alternativa que poner punto final a su miserable existencia.

Garabateó nerviosamente en un papel las mínimas palabras: "Papá, mamá, querida esposa, siento el dolor que voy a causarles. Compadézcanme. Jorge".

Tomó la pistola que había llevado consigo, dispuesto a apostar "el todo por el todo" –su propia vida–, y apoyó lentamente el arma contra su sien. Mirando la luz del nuevo día que se filtraba por la ventana, apretó el gatillo.

* * *

Nada pudo herir más profundamente a Eduardo Galván que el suicidio de su hijo. Nada pudo agobiarlo más. Su cariño por Jorge condensaba lo más puro que aún quedaba en su ser y, en sus horas más tristes, su muchacho fue su mejor estímulo. Y rumió en sus pensamientos que al triunfo de sus negocios se oponía el peor de sus fracasos.

¿Habría comprendido que su hijo llegó al suicidio porque corrió por su misma ruta? ¿O no lo comprendió así, no reconociendo como propia la imagen que le ofrecía el cadáver de su hijo con un orificio en su sien derecha?

Es muy difícil verse a sí mismo en los demás.

EL HINCHA

La feria franca ofrece múltiples motivos para la captación de los matices populares. Todo se da allí, en la baraúnda de ese mundo pintoresco y bullicioso: jerga, galanteos entre el puestero y la sirvientita, picardía de los vendedores clandestinos para hurtarle el cuerpo a los inspectores municipales, pobreza de muchos que compran lo indispensable y de ínfima calidad, miseria desesperada de los que recogen las frutas podridas arrojadas en las alcantarillas y riqueza de los menos que se llevan lo más caro. Es un gajo palpitante de la ciudad.

Pero no es a la feria en sí que quiero referirme, sino a una vibración, a una faceta del pueblo porteño entrevisto en ese ámbito ruidoso. Porque, entre un muchacho que compraba frutas, de voz gangosa y ademanes torpes que traducían taras hereditarias, y los vendedores de distintos puestos, se estableció una especie de diálogo especialísimo, mechado de frases irónicas.

—¡Pobre River! ¡Lo que le pasará mañana! —afirmó el jovencito con su voz tartamudeante mientras metía en un bolso las mandarinas que compraba.

—¡*Mamma mia*! ¡Boca le "enllenará" la canasta de pepinos! —afirmó resueltamente un vendedor de hortalizas de acento itálico.

—¡Qué va a hacer River, qué va a hacer! ¡A Boca no lo para nadie! —apuntó el del puesto de carne, sin dejar de cortar una lonja de cuadril.

—¡Pobre de vos! River ganará a lo campeón. ¿Querés apostar? —desafió un vendedor de pescado mientras ponía en la balanza unos pejerreyes.

Y el comentario empezó a extenderse a todos los feriantes que, con frases cargadas de ironía o sarcasmo, revelaron su adhesión a uno u otro de los cuadros futbolísticos aludidos.

Era la víspera de uno de esos tradicionales cotejos que tienen la virtud de dividir a la ciudad en dos bandos antagónicos. Por encima de toda preocupación personal, de todo acontecimiento político, el clima del domingo se electrizaría con la emoción que despertaba el encuentro de los dos *teams* tradicionalmente rivales, al punto de que cabría afirmar que Boca Juniors y River Plate constituyen los dos polos de esa corriente magnética de entusiasmos y frenesí que es la pasión popular por el fútbol.

Pero, podríamos preguntarnos, ¿por qué el hincha de River es de River y el de Boca es de Boca? ¿Tiene este antagonismo una explicación más o menos lógica? ¿Se origina en alguna rivalidad de clanes como la de los candomberos del pasado siglo? ¿Trasunta, acaso, una especie de rivalidad política o un enfrentamiento de barrio contra barrio a un choque entre clases sociales?

Cualquier hincha genuino que nos escuchara razonar así se burlaría de nosotros, lo sabemos. No todos los adictos a Boca Juniors viven en la Boca ni tampoco los de River Plate en la zona respectiva.

¿Será que el más adinerado se alista subconscientemente junto a los de River, club al que se dio en llamar Los Millonarios desde que estrenó su monumental campo de deportes haciendo alarde de prosperidad? ¿Y, a su vez, los proletarios

de overol opten por apoyar al cuadro boquense por ser la Boca una zona con mucha gente pobre y trabajadora, cuya modesta condición se refleja en las casitas de madera y chapa, tan características en esa ribera porteña? ¿O será que con Boca Juniors están los de ascendencia itálica, por contar este barrio con un elevado índice de genoveses, y con River Plate se agrupan preferentemente los de origen hispánico? Si fuera así, esta pugna deportiva traduciría otra manifestación de la ya lejana y pintoresca rivalidad de "gallegos contra tanos" que inspiró múltiples sainetes.

¡No, no, no! Ninguna de estas posibles especulaciones es auténtica. En uno y otro club hay –sin discriminación alguna– gente de la más diversa ascendencia, así como también de la más opuesta condición social o ideario político.

Debemos convenir que la simpatía por Boca o por River es siempre un poco caprichosa cuando el adicto no vive propiamente en el barrio de su club favorito, pero ningún "hincha de ley" se complace en dar explicaciones sobre el particular. Además, en materia de fútbol, el pueblo porteño se impone –como signo de personalidad– definirse por un club y no juzga admisible una posición neutral. El hombre que quiera "sentirse pueblo" ha de levantar su bandera futbolística y defenderla con ardor y decisión de patriota.

Por eso, el buen hincha hará de su favoritismo una cuestión de lealtad hacia una insignia y no renunciará jamás a ella.

Hay, por cierto, otros hinchas que cambian de club como quien cambia de esposa y de camisa. Y aún es capaz de vivir en la Boca y apoyar a otro cuadro, lo que, a un hincha boquense, adicto a su club hasta el fanatismo, le resulta poco menos que un acto de lesa traición.

No es fácil profundizar en la psicología del hincha. Fundamentalmente, todos lo somos porque refleja la condición humana de estar a favor de algo y, a la vez, contra algo. Pero la devoción deportiva en particular tiene su aspecto complejo.

Quizás, el hincha que apoya al club grande y poderoso lo hace porque desea fundirse con la masa, sumar su grito en sentido gregario al de la más vasta y ruidosa multitud. Es su modo de agigantarse, de dar a su pequeñez de átomo una grandiosidad oceánica, una proyección al infinito. Y su felicidad de hincha adquiere su máxima intensidad cuando puede emitir su "grito de batalla" en afinidad con el de otros millares de hinchas que rugen con vozarrón de titán: "¡Dale, Boca! ¡Dale, Boca!". Y por ello dirá, sintiéndose parte integrante del todo, "ganamos" cuando su club gana, y con sofocada voz admitirá "perdimos" cuando sucede to contrario.

Hay un hincha –más individualista e inconformista– que considera un deber moral, dictado por su conciencia, apoyar a un club modesto sin chance para el codiciado título de campeón. Es una especie de piedad mezclada de simpatía que despiertan los más débiles. Como los clubes más chicos suelen estar en la parte baja del *fixture*, la alegría que un triunfo eventual proporciona a sus adictos es proporcionalmente mayor. Y este regocijo alcanza el pináculo cuando, como suele ocurrir, el chico se "agranda" y derrota a uno de los monstruos sagrados.

Si, por un azar especialísimo, los clubes de Boca y River, minutos antes de su encuentro, decidieran intercambiar sus jugadores para jugar en representación del otro equipo, tal decisión dejaría seguramente perplejos y disgustados a los "hinchas" de uno y otro cuadro, pero no por ello se modificaría

el grito con que azuzan a los jugadores. Los boquenses continuarían vivando a Boca y los de River al club de su adhesión. Lo que significa que el favoritismo no se brinda al jugador en sí por mejor que sea, sino al emblema del club, significativo de un barrio o de una tradición deportiva, y de algo más –abstracto y místico– difícil de precisar. En virtud de este apoyo incondicional, de esta entrega de cuerpo y alma, el verdadero hincha experimenta fastidio o disgusto cuando un "correligionario" resuelve cambiar de club, porque el sentido del "hinchismo" es la lealtad; en este caso, lealtad a una causa futbolística, a un símbolo, a un color de casaca.

El hincha tránsfuga suele alegar razones para justificar su cambio de club (aunque una adhesión puede ser tan caprichosa o arbitraria como otra). Afirmará que su deserción se debe a que el club lo ha defraudado, ya porque atribuye a los directivos una mala orientación, ya porque considera que los jugadores son fácilmente sobornables a por otra apreciación que implica una burla o menosprecio a su fidelidad de adicto.

El hincha fanático ciento por ciento tiene un solo anhelo, una obsesión fija: que su *team* gane, no importa que no juegue limpio. Nunca aceptará la premisa de que "debe ganar el mejor". No: su cuadro tiene que ganar, sea como sea, para entregarse a la euforia del triunfo que es la razón vital de sus fervores. Y su pasión extremada e incontrolada se exterioriza a veces en su agresión a hinchas rivales o elige al réferi como chivo emisario, atribuyéndole parcialidad y venalidad. El fútbol, para este "súper hincha" es una guerra a muerte donde todos los recursos son lícitos.

La gama del "hinchismo" es amplia. Va del que dice "fóbal" o "fulbo" y emplea un léxico rudo, plagado de insultos, invecti-

vas y palabrotas teñidas de sarcasmo, al que utiliza el lenguaje pulcro, propio de quien ha cursado estudios en la universidad. Va del adolescente que habla a gritos en la esquina junto a los muchachos de su barrita de amigos, al anciano que, en el café de barrio, se deleita en dictar cátedra sobre el tema, rememorando partidos de antaño con dejo nostálgico.

Por ello mismo, el fútbol creó un nexo popular, una singular fraternidad masculina. Es el estímulo que desata las pasiones y las lenguas, el pretexto oportuno para que el más inculto y analfabeto pueda hablar con suficiencia o de igual a igual con el señor más ilustrado.

En resumen, el hombre necesita amar, pero también su naturaleza lo induce a odiar. Y la pelota que salta de aquí para allá, se torna en símbolo del no menos zarandeado mundo, que quisieran dominar a su antojo, partidos políticos, religiones, escuelas filosóficas e imperialismos.

Apunto como interrogante la postura que Dios debe adoptar cuando se realiza uno de esos clásicos *matches* entre Boca Juniors y River Plate. ¿Será imparcial como un buen árbitro, poniendo oídos sordos a las oraciones de los respectivos hinchas?

En todo caso, si Dios se ubica más allá de las rivalidades futbolísticas, no dejará de oír el potente grito con que la hinchada de uno y otro cuadro grita "goool", sobre todo si es el que decide el triunfo. Es un grito inmenso, impresionante, indescriptible, que ha de estremecer su augusto trono celestial y arrancarle una sonrisa de indulgencia para el mortal.

Porque Dios, el buen Dios que todo lo comprende, deberá decirse, acariciándose su blanca y larga barba: "Es mejor que

los seres humanos se peleen siempre dentro de los límites de una cancha de fútbol".

Y nosotros agregamos: "amén".

CUARTA ESQUINA PORTEÑA

YO, UNO MÁS ENTRE LA MULTITUD

Automóviles, ómnibus, gente que va y viene, multitud, prisa, guiños de letreros... Ritmo, nerviosidad... Mil, cien mil, un millón de caras desconocidas, rumor de pasos, estrépito de tránsito... Y gente, más gente, infinidad de gente que no conozco, que no me conoce... Y la calle, siempre indiferente, siempre idéntica o semejante. El lustrabotas al lado del cine, el diariero junto a su quiosco, el ciego vendedor de ballenitas...

A veces pienso: "podría morirme en cualquier momento y todo seguirá igual. Nada interrumpirá su ritmo, su vibración, su rutina, aunque no esté yo para saberlo. La multitud continuará fluyendo incesantemente como las aguas de un río".

Yo, uno más entre la multitud, miro, observo. Indago el sentido de este ir y venir, busco el alma de la calle para descifrar el alma de la ciudad. O quizás busque en la multitud el signo que me ayude a comprender mi propio significado de molécula social, de ente fugaz que actúa un instante y desaparece...

LOS VIEJITOS

¿Repara la gente en los más viejos? No todos se quedan en los portales, avizorando el sol de invierno o se van a las plazas a integrar el concilio de los jubilados y emitir, en compañía, la eterna afirmación de que el tiempo pasado era mejor.

Innumerables ancianos arrastran penosamente los últimos años de su existencia sin una mínima y ansiada tranquilidad económica. Y, en desventajosa competencia con los más jóvenes, deben afrontar la lucha por la vida y ganar su pan, el duro y difícil pan de la senectud.

Observo a estos hombres con setenta y más años de edad, ocupados en los menesteres más humildes, torturados por su permanencia a la intemperie, mostrando evidentes huellas de un áspero combate, a una edad en que disminuyen las energías vitales y se aspira al refugio final y plácido. Y pese a una larga vida de trabajo, deben descender en su ancianidad algunos escalones de la escala social y aceptar lo primero que le venga a mano para solventar un mísero sustento.

Ahí están los cuidadores de automóviles aguardando ateridos largas horas, en las crudas noches de invierno. La mayoría son ancianos, muy ancianos e indigentes, con mutilaciones o visibles defectos en su andar, sin duda secuelas del reumatismo. Pasan sus últimos días agobiados por el implacable sol del estío que derrite el alquitrán del pavimento o azotados por el cruel látigo del viento invernal. Y cuando muere uno, hay diez,

veinte, cien más, prontos a reemplazarlo con idéntico reuma, idéntica renguera o idéntica tos de asmático.

Otros ancianos vocean diarios (sin excluir mujeres, fatigadas y desnutridas abuelitas). Los veo cubiertos de harapos pregonando su mercancía con sofocada, ronca, casi inaudible voz de viejos. Y bajo el grito monocorde de "La Prensa", "La Nación", me parece escuchar el tono desesperado de un pobre ser que suplica: "¡Por favor, apiádese! ¡Cómpreme a mí, que soy viejo!".

Y están también los mandaderos. A una edad que en el pasado hacía venerables y patriarcales a los más ancianos, estos pobres viejos se conchaban en ciertas mensajerías para llevar recados como si fuesen chiquillos. Y los observo caminar a toda la prisa que pueden, cumpliendo una función quo menoscaba la dignidad del hombre que peina canas.

Y están los ancianos pegados a su cajón de lustrar, como el caracol a su concha. Es la mínima, la misérrima profesión en que aún se los admite. Se quedan en cualquier esquina en actitud contemplativa, sentados en un pequeño banquito, aguardando al cliente.

Por no haber logrado salvaguardar sus últimos años del apremio económico, son mandaderos, lustrabotas, cuidadores de automóviles, vendedores de diarios y otras cosas por el estilo... Y siempre en la calle, como si la sociedad los hiciera pagar el tremendo deleite de ser viejos, negándoles un techo para su trabajo.

Se dirá que hay asilos, que existe la jubilación. Pero quizá no todos acepten recluirse en un pabellón con mucha disciplina de hospital o de cárcel, ni tampoco a todos alcanza el beneficio de la jubilación. O por los trámites engorrosos o los

frenos burocráticos, llega cuando la muerte ha impuesto su punto final.

La consigna de la sociedad egoísta e indiferente parece ser: "¡Los viejos a la calle! ¡Que trabajen en lo que puedan o que se mueran! ¡Ya no sirven para nada! ¡Deben dejar paso a los más jóvenes!". Y esta inhumana consigna la acuerdan incluso hombres bien viejos y con un pie en el sepulcro, como lo son muchos dueños de empresas que, en nombre de sus "sagrados negocios" se niegan a admitir a los que tienen más de 40 años de edad.

Cualquiera que abra un diario y recorra la sección de los avisos, comprobará el rigor de la conspiración contra la vejez. "Se necesita empleado de hasta 35 años" (por excepción la edad se extiende a los 40). Los demás ¡que se suiciden! Si no han sabido enriquecerse, si no han conquistado una posición, ¡allá ellos! Los patrones, rindiendo culto al nuevo Moloch que exige sacrificios humanos, se lavan las manos. Las fábricas, los comercios, no son instituciones de caridad –se repite como un estribillo, con la convicción de que es un argumento irrefutable– y necesitan contratar libremente a quienes les rindan mayor provecho, que son los más jóvenes.

Además, el espectáculo de la vejez indigente es cotidiano, constante y, por repetido, deja insensible al transeúnte que opta por desviar sus ojos del dolor.

Pero yo, uno más entre la multitud, cuando paso junto a un anciano que lustra zapatos o hace de mandadero y lo oigo toser o lo veo avanzar dificultosamente en la calle por causa de su hemiplejia, siento una extraña vergüenza, como si me tocara parte de la culpa del desamparo al que lo abandona cruelmente la sociedad.

PANCHITO

La calle es cátedra insuperable para captar la volubilidad de muchos, para sentirla en carne, en sangre propia.

De tanto en tanto, de entre los mil rostros desconocidos que forman la multitud, identifico alguno familiar. Y viene el saludo de rigor, las cuatro o cinco palabritas rituales: "¿Qué decís? ¿Cómo te va? ¿Qué es de tu vida, che?".

Y luego, cada cual por su camino. Quizás el azar nos depare otro encuentro. O, quizás, volvamos a cruzarnos sin reconocernos. O, ya indiferentes, nos neguemos el mínimo gasto del saludo. Pero los encuentros pueden adquirir un especialísimo sentido y quiero destacar los que tuve con... llamémosle familiarmente Panchito y que fuera, años atrás, mi compañero de tareas.

Lo recordaba cordial, atento, respetuoso, pronto al chiste de circunstancias que daba matiz al panorama árido del trabajo cotidiano. En mi archivo íntimo lo tenía clasificado con el excepcional y favorable rubro de "buen muchacho", esto es, el personaje siempre grato porque transmite simpatía y jovialidad.

Supe que Panchito se había encaramado. Por una de esas oportunísimas "cuñas" gestadas en el enigmático laboratorio o comité de los "acomodos", consiguió el nombramiento de director de una empresa oficial. Se me ocurrió pensar (y el que no haya pecado que arroje la primera piedra) que, recurriendo

a nuestra vieja amistad, podría conseguir una "gauchadita", es decir, la posibilidad de una tarea extra que me diera la oportunidad de acrecentar mis magros emolumentos. Pero siempre que tropiezo con él, lleva una tremenda prisa.

—¡Hola, muchacho! ¿Qué hacés, Panchito? —le grito cordialmente esperando que se detenga para estrecharnos las manos. Pero no, Panchito avanza con el arrollador impulso de un jet.

—¡Chau, chau! —me saluda someramente y desaparece de ni vista, antes de que pueda abordarlo. Y me deja humillado, aplastado, tras deslumbrarme con su aire importante de gran señor.

Uno o dos años después, entre los mil rostros indiferentes y desconocidos de la multitud, se me aparece nuevamente Panchito. Pero esta vez, sin prisa y con mucha pausa. Lo saludo y se detiene para devolverme cordialmente el gesto. Recordamos a la ligara, hechos y hombres del pasado y al despedirnos con otro buen apretón de manos, le pregunto esperanzado:

—¿Seguís siendo director de la empresa?

—No, estoy en otros asuntos...

Comprendí. Había vuelto al llano. Era otro soldado raso como yo. Se le habían ido los humos de director general o presidente de compañía. Ahora le sobraba el tiempo para charlar conmigo. En nada podía pues, favorecerme.

—¡Chau, muchacho!

—¡Chau!

Se fue. Me fui. Y siguieron los días su curso. Tiempo después, volví a saber que Panchito tenía otro alto cargo. Su imponderable cuña mantenía su cotización. Y el encuentro entre la multitud se reprodujo.

Siendo yo eterno gladiador en la lucha por la vida, quise atajarlo para conocer las posibilidades de la inefable "gauchadita" que se solicita a los amigos que "están arriba". Iba a decírselo, si Panchito me hubiera concedido la gracia de detenerse un instante para permitirme hablarle. Imposible. Panchito había recuperado la prisa del que no tiene un segundo que dispensar a los míseros como yo.

—¡Chau, chau! —y se desvaneció entre la multitud, como engullido por ella.

Y, cuando muchos meses después, lo encontré en Diagonal y Florida... Volví a verlo, transfigurado en el Panchito de los viejos tiempos, que se me acercaba con su más cordial saludo de amigo y la mano extendida. Era el buen muchacho, grato y servicial de mis mejores recuerdos, trayendo a flor de labios el chiste político contra el gobierno. Naturalmente, estaba otra vez en el llano, como yo.

Esto es cosa corriente en la calle, entre la multitud...

EN EL PEDESTAL DE LA POPULARIDAD

La Avenida de Mayo, con sus veredas amplias y hospitalarias, es anfitriona de innumerables quioscos y puestos callejeros. Desde tiempo inmemorial, de acumulan allí vendedores de baratijas, banderines, escarapelas, revistas extranjeras, suvenires para el turista, códigos municipales y mil cosas más. Pero lo más significativo me resulta una exposición de retratos de hombres y mujeres que han escalado el codiciado pedestal de la popularidad.

Me detengo a veces, junto a otros curiosos, a observar brevemente las fotografías que se ofertan para decorar la pared con el ídolo admirado. En esta improvisada galería, asoman el político de nota, el campeón de box, el cantor de moda, el galán de cine, el futbolista, la reina de belleza. Cada uno de ellos podría decir con énfasis: "¡La fama soy yo!".

La frecuencia con que paso junto a este puesto me permite comprobar el cambio periódico de los retratos. Desaparece un boxeador y se muestra otro. Y lo mismo ocurre con el político, el futbolista, el galán de cine, la radiante y escultural reina de belleza. Es el reflejo del cambiante panorama de la actualidad y también de la frívola adhesión del público, que ayer aplaudió frenéticamente al ídolo que pronto relega, para testimoniar su devoción a otro. Lo que sugiere que, detrás de cada hombre famoso, se insinúa la sombra de quien tomará su lugar en el codiciado pedestal de la popularidad.

Pero en esa improvisada galería hay un rostro que asoma invariable sin ausencias: el inconfundible y sonriente de Carlos Gardel.

Tiene allí su lugar de honor, como en los camiones y colectivos que recorren la ciudad, como en las pizzerías y en los cafés de barrio, erigidos en altar de su culto. Luciendo el estilizado chiripá de sus triunfos en Europa, o con su típico chambergo porteño, o con el elegante frac de sus películas filmadas en Hollywood, Gardel resurge, perdura, ¡permanece vivo!

Es cierto que la evocación de Gardel, muy remanida, es un lugar común en las glosas baratas del tango, pero ello no amengua la realidad de esta vigencia gardeliana. Es el hechizo de un canto, de una simpatía, y de un porteñismo que dieron relieve a la personalidad del "zorzal inolvidable", como lo bautizó el pueblo, siempre pesaroso por su desaparición prematura.

Gardel es, cabe afirmarlo, el Santos Vega de Buenos Aires. Aquel payador gaucho cuya probable existencia derivó en leyenda, solo dejó quizá, una tumba difícil de identificar. Gardel va entrando también en el ámbito mágico de la leyenda. Lo impiden aún los testimonios fidedignos que dan preciso contorno a su figura y documentan su paso por la vida: las películas que filmó, las fotografías y discos que imponen la alucinación de su presencia física. Nuestra época, con sus archivos bien ordenados y una prodigiosa técnica que capta y aprisiona la voz y la imagen, opone barreras al avance de la leyenda, forjada con horizontes indefinidos y tradiciones orales. Pero el don de ubicuidad de Gardel y su canto perdurable han creado en nuestra ciudad el milagro gardeliano. Su imagen identifica un fervor colectivo nacional y rioplatense, pues nuestros herma-

nos uruguayos se nos unen en este homenaje que trasciende también a otros países.

El gran cantor supo encarnar la más auténtica gallardía porteña y su figura se proyecta en las almas de las sucesivas generaciones como la del ídolo popular por excelencia.

En torno de Gardel no caben rivalidades ni discrepancias y su desaparición, en la plenitud de su arte, antes de que el imperio de los años marchitase esa joven madurez, nos hace ver al "morocho del Abasto" sin imágenes de decadente ancianidad, y en un lugar de inmutable privilegio en el corazón de la ciudad.

Carlos Gardel, Santos Vega de un "Buenos Aires querido" que afloró en tu voz estupenda. Carlitos, amigo, hermano, yo te saludo.

EL SUBMUNDO

En las calles céntricas, junto a un teatro a un cine, en la escalinata del subte y en cualquier punto estratégico conveniente al ejercicio de la mendicidad, montan guardia hombres y mujeres que extienden su mano suplicante. Es el submundo que forman los mendigos y los seres débiles y desplazados.

Son en su mayoría ancianos, ciegos y mutilados, y de tanto en tanto se suma a la legión de menesterosos una mujer de tipo gitano con el clásico recurso para la pordiosería de un niño en sus brazos.

—¡Una limosnita, por caridad!

Los más, pasan sin ver, sin oír, sin mirar, indiferentes o disgustados íntimamente por la claudicación total de un semejante.

Hay pordioseros ensimismados, casi púdicos, vergonzantes. Cuando voy al subte observo a un ciego, ubicado siempre en el mismo lugar de la escalinata. Tendrá unos 50 años y calza oscuras gafas que solo le sirven para ocultar sus ojos inútiles de párpados trémulos. Es su mínima manera de disimular la súplica. No suelta pregón alguno, abstraído en quién sabe qué reflexiones.

¿En qué pensará un ciego solitario que permanece largas horas inmóvil en una escalera? A sus oídos afinados llega el rumor de los infinitos pies que suben los peldaños, que bajan, el aullido del tren subterráneo, fragmentos de conversaciones confusas de la gente que desfila.

En las inclementes mañanas de invierno, en las cálidas tardes de verano, lo ven infaltable en su cita, callado, introspectivo. La repetida visión me permite describirlo, profundizar en su aspecto. Tiene su ropa muy raída, calza gastadas zapatillas que mal pueden preservarle del frío cemento en que se apoya y recibe poca, muy poca limosna. Es que le falta el grito "publicitario" que imponga su desgracia en el prójimo, horade su caparazón de apatía y lo conmueva con la palabra y la entonación precisas. Y así grita otro mendigo, con énfasis e imperativamente, como exigiendo a la gente una compensación que le deben por no tener sus ojos cegados como él. Con voz vibrante, le oigo clamar: "¡Tuve la fatalidad de perder la vista! ¡Una caridad para un pobre ciego!".

No adopta un gesto humilde ni suplicante y actúa de modo dinámico. Utilizando su bastón como lazarillo, recorre los vagones del tren subterráneo emitiendo su estridente pregón. Fácil es observar que recauda mucha limosna, tal vez como un "impuesto" que paga el supersticioso para ahuyentar cualquier posible maleficio.

Una gitana joven mendiga con un eterno chico dormido en sus brazos. Se limita a un gesto impreciso y mudo. En verdad, no necesita decir nada. Le basta acercarse y alargar su mano. Y uno le da con disgusto, pensando que podría trabajar y sospechando que ese chico que carga en prestado o alquilado a otra gitana. Si recibe o no la limosna que pide, nada altera su semblante, si la obtiene tampoco agradece o apenas mueve los labios sin emitir sonido.

Amplia y variada es la galería de los mendigos. Una viejecita de ropa enlutada que sugiere viudez y a la que doy limosna, me llena de bendiciones: "¡Que Dios premie su bondad! ¡Que Dios

lo proteja, señor!". Y mi yo íntimo y canalla piensa satisfecho que ha comprado mucho con poco, asegurándole una buena ubicación junto al trono del Altísimo, congraciado por mi "generosidad".

También integra este submundo el anciano proletario, forzado a la mendicidad. No tiene aspecto de pordiosero, sin duda por su ropa limpia, aunque humilde. Su indigencia total ha de haberlo inducido a dar el paso extremo y tender la mano. Se quita el sombrero con excesiva ceremonia y dice con acento simpático, ensayando una semisonrisa: "¿No me podría ayudar con unos pocos pesos, señor?". Nada de "por el amor de Dios", ni "porque tengo hambre". Y pienso estremecido en ese último escalón que tuvo que descender sofocando escrúpulos de orgullo para poder subsistir. Hay, además, el anciano –o no muy anciano– que opta por emplear una triquiñuela en lugar de suplicar lisa y llanamente la limosna. Muestra unas monedas y dice: "Señor, me faltan dos pesos para tomar el ómnibus. ¿No podría dármelos?".

Algunos mendigos tocan de oído y desafinadamente cualquier cosa: la armónica, el violín, el bandoneón o la guitarra, recurso antiquísimo para ganar la dádiva sin suplicarla. Pero su música tiene más de lamento que de tal.

Y está el niño que mendiga, el chicuelo harapiento, sucio, increíblemente sucio, proveniente de una "Villa Miseria" de los aledaños, que pone una nota de tremendo contraste cuando aparece en la calle Florida, meca del lujo y de la elegancia de la ciudad. Lleva sus zapatillas rotas y embarradas, las rodillas cubiertas con una costra de mugre y está hecho a su "oficio" porque se dirige especialmente a las parejas, alertado de que el hombre es más generoso ante la presencia de la mujer.

Es el submundo, agobiante submundo, signo de desesperada miseria en unos, de fracaso en todos, de hábito e inadaptabilidad en muchos, también de costumbre por falta de preparación o de aptitud para el trabajo, de desamparo en el anciano sin familia y en el mutilado o ciego a quien la sociedad no dio la posibilidad de rehabilitarse. Pero la mano que se extiende pedigüeña podría ser también una mano acosadora. La limosna empequeñece y quita dignidad al que la recibe y no resuelve a fondo ningún problema. En una época en que se emprendió la conquista de otros mundos, en que la técnica prodigiosa produce máquinas automáticas que lo hacen todo por sí mismas, la comunidad debe velar por cuantos la integran y, especialmente, para que los niños, los pobres pibes de las "Villas Miserias", no empiecen sus vidas donde otros claudican y les ponen el punto final.

EL VENDEDOR DE BIBLIAS

Está siempre. Por lo menos, desde hace años lo veo a menudo, en un punto estratégico de la ciudad, cerca de la Casa Rosada, en el vértice mismo de la urbe. Es un vendedor callejero. No de chucherías, ni de revistas con la "star" de turno, luciendo su bikini en la tapa. Vende Biblias, que tiene expuestas sobre la saliente de una pared y las pregona en tono bajo, con voz opaca:

—¡Biblias! ¡Compre una Biblia! ¡Lleve la palabra de Dios a su casa!

¿Es solo un comerciante? ¿Venderá la Biblia como se vende cualquier cosa, un diario, un par de zapatos, un peine? ¿Cambiará de artículo con indiferencia? ¿Hay una Biblia, mañana novelitas policiales adocenadas a historias pornográficas? ¿Es o no es "negocio" vender Biblias? ¿Venderá las suficientes para asegurarse el pan de cada día, ese "pan nuestro" que enseña a suplicar precisamente el Nuevo Testamento?

Son preguntas que me hago al pasar por esa esquina, yo, uno más entre miles de peatones que caminan rápido, que salen del subte D o que se meten en él, que van, que vuelven...

—¡Biblias! ¡Compre una Biblia, señor! ¡La palabra de Dios, escúchela!

Me detengo un instante: miro si alguien le compra. Lo hice otras veces y nunca vi a nadie que se interesara en comprarle una Biblia. Y sigue acicateándome la curiosidad. ¿Qué clase de

tipo humano es el vendedor de Biblias? ¿Un apóstol o solo un comerciante para quien "la palabra de Dios" se cotiza en pesos?

Cierto día –eran días inquietos, henchidos de nerviosismo, con rumor de conspiraciones y golpes de Estado– se difundió la noticia de una revolución, de una rebelión de tropas. Había soldados y policías en las calles. La ciudad adquiría, por momentos, el aspecto de un país en guerra y la consigna general era huir, buscar refugio en el hogar, ponerse a cubierto de una posible batalla campal. Y esa tarde, la habitual prisa ciudadana se acrecentó al máximo. La gente escapaba, huía como podía de las zonas céntricas en donde se suponía que tendría lugar el encuentro de las facciones opuestas. Todos los medios posibles de transporte se colmaban con una multitud inquieta y miedosa. Las calles iban quedando desiertas y un aire, un olor de tragedia, casi de pólvora flotaba en el ambiente. Se decía que habría tiros, que vendrían aviones a descargar su metralla, que se enfrentarían ejércitos con tanques y cañones por el dominio del país.

Los vendedores de baratijas también se iban. Solo quedaban algunos pocos canillitas para quienes la inminencia de una batalla fratricida se traducía en buenas ganancias. Voceaban una edición extra con los detalles del movimiento armado y el conteo de los primeros muertos y heridos. Pero todo el mundo se alejaba, huía como huyen los animales de un bosque incendiado. Lustrabotas, vendedores de revistas, mendigos, los duendes de las calles las abandonaban presurosos junto con los demás, empleados, hombres de negocios, corredores de bolsa y yo entre ellos.

Pero al pasar por la esquina habitual del vendedor de Biblias, escuché el conocido pregón de su sagrada mercancía, como si nada estuviera pasando. Estuve tentado de decirle: "¿Por qué no huye usted también? ¿Quién va a comprarle ahora una Biblia cuando todos escapan temerosos de una posible catástrofe, tal vez de la ira de Dios?". Y volví a preguntarme: "¿Quién era ese hombre? ¿Un comerciante o un apóstol? ¿Un iluminado por la gracia divina o un vulgar mercachifle?".

Seguí mi camino, huyendo con miedo entre la muchedumbre aterrorizada y dejando atrás al vendedor de Biblias cuya voz me llegaba ahora como si estuviera acusándome de algo.

—¡Compre una Biblia! ¡Lleve la palabra de Dios a su casa!

* * *

De tanto en tanto, sigo viéndolo en su rincón de siempre, con sus Biblias de siempre. Quizás las venda con el simple afán de lucro o quizás se imagine un San Pablo predicando la Buena Nueva.

Y la multitud pasa, pasa, pasa... Y no veo a nadie comprando sus Biblias. Solo escucho su pregón, su obsesionante pregón:

—¡La Biblia, compre una Biblia! ¡Lleve la palabra de Dios a su casa!

HOMBRES DE TANGO

Existe una singular cofradía porteña: la de los "hombres de tango". No "del", sino "de", como si estuviesen forjados con esta sustancia musical. Son en su mayoría –o han sido– letristas, compositores, cantores, intérpretes, comentaristas o representantes de artistas –todos asociados al tango– y se citan en algún café o junto a una emisora radial, prontos a hilvanar recuerdos: de cuando el "Pibe" Ernesto campuso su "Don Juan", de cuando Vicente Greco triunfaba con su "Rodríguez Peña", de cuando el "Tano" Genaro cosechaba aplausos en la barriada boquense, de cuando Pirincho buscó nuevos horizontes en París.

Por sus labios asoman los nombres de infinidad de dioses del Olimpo tanguero y conocen a fondo la trayectoria de los ejecutantes que integraron tal o cual orquesta típica, allá por el año 10, 20 o 30. Se identifican por su amor a la ciudad y por su deleite en evocar épocas y personalidades significativas del cancionero urbano.

Los "hombres de tango" que pasaron hace rato el medio siglo de edad, han hecho del porteñismo una bandera que tremolan orgullosamente y, por ello mismo, consideran que la muchachada actual, ganada por los ritmos foráneos, avanza por un camino equivocado o no es leal al verdadero espíritu de Buenos Aires. Estos hombres maduros hablan por lo general en tono bajo, tristón y nostálgico. De su palabra trasciende una

cálida ternura y un afán de explicarse, de hacerse comprender y comprender al prójimo. Tienen, precisamente, el acento justo que dio al tango clásico su carácter de música íntima y confidencial.

Cuando a veces los veo, a través de la ventana de un café, o me los encuentro en una esquina céntrica, me detengo unos instantes para "echar unos párrafos" con el deseo de preguntarles qué opinan de esto o de aquello otro, con referencia al tango y a sus triunfadores. Son justos y ecuánimes. Ensayan el comentario de modo solemne y, en función de posteridad, rinden tributo de admiración al auténtico talento, sin envidiar el dinero que pueda ganar Fulano o Zutano. Mantienen encendida la antorcha del tango y aguardan esperanzados que recobre el favor popular de otros tiempos.

A los vanguardistas del tango nos los entienden mucho. Los juzgan enfáticos o pedantes. Aunque reconocen sus aptitudes o su cultura superior a la de los músicos de antaño, están con los intuitivos, con los que buscaban expresar la emoción espontánea de la ciudad, sin alardes de técnicas novedosas y complicadas. Afirman que el tango tradicional triunfó porque fue desde el comienzo una música bailable y tradujo fielmente la esencia popular, y que los vanguardistas parecen olvidarlo.

Estos últimos les retrucan, un tanto desdeñosos, que se debe poner "el tango en hora". Que la "materia prima" del tango de antes: farolitos, organitos, compadraje, malevos de malena, calles bravías de arrabal, duelos criollos, lunfardismos extremados y milonguitas alucinadas, es cosa definitiva del pasado. Que hay otra realidad, otra ciudad, otro pueblo, otra sensibilidad y, por ende, debe haber otra modalidad de tango o de música que exprese las nuevas vivencias.

Los "hombres de tango", entre nostálgicos y evocadores, recuerdan que fueron jóvenes cuando Scalabrini Ortiz escribía *El hombre que está solo y espera* y lo ubicaba en la esquina metafísica de Corrientes y Esmeralda; cuando Gardel lucía en vida su varonil sonrisa, se hacía retratar con Leguisamo y cantaba los tangos del negro "Cele"; cuando Roberto Casaux se prodiga componiendo infinidad de tipos del Buenos Aires cosmopolita y el ocurrente Parravicini se hacía aplaudir estrepitosamente sus "morcillas" y usaba el Concejo Deliberante como otro escenario para sus bufonerías... cuando el tango, en fin, era protagonista indiscutido de las milongas y se le decía "himno" a La Cumparsita.

Los vanguardistas, con suficiencia académica, los acusan de ser chapados a la antigua. Y frase va, frase viene, cuando la polémica adquiere el rojo vivo del apasionamiento y se rebasan los límites de la paciencia y de la cortesía, el "hombre de tango" le dirá al vanguardista que es un pedante, que está influido por el jazz, que lo que hace nada tiene que ver con el tango, que pretende desvirtuar la emoción de la melodía popular porque es incapaz de crear otra clase de música o ha fracasado en sus intentos y que, el pueblo, como única respuesta, le dará la espalda, indiferente a sus lucubraciones de laboratorio.

Los vanguardistas, recíprocamente, llevados al trance de soltar sur denuestos, acusarán a sus antagonistas de caducos, usando con cruel burla, algunos adjetivos peyorativos puestos fugazmente de moda en la parla papulachera: "gagá", "reblán".

Es, sin duda, el choque de des generaciones. Los viejos se aferran a los signos de su juventud; los jóvenes pretenden de-

rribar los ídolos a destruirlo todo o casi todo, para afirmar con arrogancia: "¡Ahora el tango soy yo!".

Cuando se pasa largamente el medio siglo, la nostalgia se enrosca en el corazón como una serpiente perezosa. Y queda buscando el calor de la víscera, nutriéndose con su sangre, que son los recuerdos. Los "hombres de tango" asisten, en definitiva, al rigor del tiempo que pasa, y al pasar transforma o desintegra como una bomba atómica.

Buenos Aires cambia. Ya no es aquella de antes del Obelisco que conoció Gardel, de antes de muchas cosas. Y los "hombres de tango" que hacen causa común con el Buenos Aires lírico de sus años mozos –con color subjetivo de barrio pobre y triste– se tornan en cronistas sentimentales ante una mesa de café. Según ellos, Buenos Aires solo se encontró a sí misma en el tango clásico, emotivo y llorón.

¿Será cierto? Si se pierde el tango, ¿se diluirá también el alma de la ciudad? ¿Ha perdido su vigencia ante el avance de los rascacielos y los semáforos que le imponen uniformada fisonomía de urbe universal? ¿Fue Buenos Aires "más" Buenos Aires cuando Carlitos cantaba en vida, o cuando Discepolín asomaba su rostro anguloso y su picardía de juglar y destilaba su amargura en tangos como "Yira yira" o "Cambalache"? ¿Vendrá otra música porteña de auténtica raíz popular para reemplazar al tradicional "dos por cuatro"?

¿Quién podría darme la respuesta? ¿Los "hombres de tango" que peinan canas? ¿Los ilustrados vanguardistas? ¿Los muchachos adictos a la "nueva ola" que bailan ritmos tropicales? ¿Los sufridos provincianos que se aglutinan en las "Villas Miseria", sucedáneas de los antiguos arrabales? ¿Quién?

Hay un interrogante suspendido en el cielo de Buenos Aires, al que apunta, como una cosmonave pronta a levantar vuelo, nuestro porteño Obelisco